



UNIVERSIDAD DE CHILE
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Literatura

Tentativas de la escritura: desajuste y reajuste en la narrativa de
Calvert Casey

Informe final para optar al Grado de Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica
con mención en Literatura

José Herrera Gutiérrez

Profesor Guía
Ignacio Álvarez

Santiago de Chile
2016

Índice

I.	Introducción	5
II.	Cuba: condición neocolonial y el cambio de la revolución	7
III.	Calvert Casey: esperanza, temor y exilio	14
	A. Condición Migrante	20
	B. Escritura como praxis	24
IV.	Sujeto, identidad y nación	28
	A. Espacio social y narrativo	33
V.	Tentativas de escritura: desajuste y reajuste	37
	A. Todo lo que sucede me destruye, pero todo sigue yendo bien. Las cárceles del espacio.	38
	B. Y he decidido que voy a cambiar mi vida. Reajustes desajustados.	47
	C. Los últimos espacios: habitar en tu cuerpo	57
VI.	Conclusiones	63
VII.	Bibliografía	66

A mi familia, por su compañía, por aguantarme y quererme.

A aquellos con los que he compartido y seguiré haciéndolo. También a esos otros que ya no están pero posiblemente vuelva a encontrarme.

A Ignacio Álvarez, por su cercanía, apoyo y guía. Principalmente, sin embargo, por sus constantes preguntas y cuestionamientos que pidieron de mí un esfuerzo y desarrollo mayor.

A María Agustina, por lo que hemos hecho, por lo que hemos sido; por lo que seremos.

- Creer y esperar - dijo el correo-. ¡Oh, sí! Yo pasé por esa sala de arriba; los vi; caminaba por la calle y por pura casualidad advertí aquel rótulo sobre la puerta. Yo iba a alguna otra parte, pero aquí estoy también. Pero no para creer y esperar. Porque el hombre puede soportarlo todo, mientras le quede algo, un pequeño algo: su integridad como criatura ruda y resistente, no sólo para no esperar, sino para ni siquiera creer en ello y no echar siquiera de menos su falta; ser rudo y resistente hasta que llegue el relámpago, el aplastamiento, lo que sea, cuando él ya no sea nada y ninguna parte de él importe ya, ni siquiera el hecho de que fue rudo y que, hasta entonces, resistió.

William Faulkner

No, no queremos alcanzar a nadie. Pero queremos marchar constantemente, de noche y de día, en compañía del hombre, de todos los hombres. Se trata de no alargar la caravana porque entonces cada fila apenas percibe a la que precede y los hombres que no se reconocen ya, se encuentran cada vez menos, se hablan cada vez menos.

Frantz Fanon

I. Introducción

Calvert Casey es, definitivamente, uno de esos autores que, en observancia de su escritura, nos dejan la certeza de que han pasado injustamente inadvertidos para la crítica y el público. Muchas son las razones que se conjugaron en función de un olvido por décadas: una áspera estadía en Cuba, depresiones y turbulencias amorosas, económicas y sociales; constantes, repetidos cambios de locación y una producción cortada a medio trecho, en su florecer, por causa del suicidio. Quedarnos lamentando los posibles libros, los cuentos que no llegaron a nacer es cuestión que no tiene mayor relevancia. En tanto lectores de literatura, en tanto críticos, en cuanto sujetos pertenecientes a un contexto muy distinto pero que no deja de mirar a los anteriores y lamentarse derrotas o buscar aprender de ellos en función de un futuro, la tarea que debemos enfrentar es la de un redescubrimiento y una revalorización de aquello que se ha (y muchas veces han) mantenido sepultado. En este caso, una relectura de la literatura de Casey nos permite un acercamiento y una comprensión más completa y conflictiva del contexto social y cultural de los años 60 cubanos, pero también nos abre una instancia valiosa para repensar las décadas anteriores y posteriores en un sentido más amplio: una visión geopolítica que se proyecta a partir de la experiencia de un sujeto, uno muy particular, entre “gringo” y cubano, en aquel mundo lleno de simbolismos y esperanzas y que se siente en ocasiones tan muerto y tan lejos del nuestro.

Hablamos de una comprensión más completa y conflictiva y es que de eso se trata cada cuento, artículo, novela o fragmento de Casey: de intentos constantes, esperanzados y a la vez desesperanzados, optimistas y críticos, proyectados a un mañana y a la vez atrapados en un presente. Dando pasos por la calles de la Habana o Roma, Nueva York quizás, sus personajes son sujetos que desencajan y desmienten los discursos oficiales, que los ubican ante nuevas preguntas e incomodidades. La lectura que proponemos, a su vez, busca aquilatar esta veta. En una construcción causal, suponemos que si sus interrogantes son tratadas adecuadamente, estaremos llevando a cabo una labor historiográfica pertinente y necesaria. Así mismo, un esfuerzo que piense el pasado o un pensamiento que se esfuerce en insistir en nuevas posibles narraciones de este es un desmarque a ciertas tendencias que desean meramente clausurarlo, darlo por pasado: ante ellas respondemos, en parte, nombrando a Calvert Casey, invitándolos a leerlo. Él es uno de nuestros argumentos.

El presente trabajo se articula en torno al tratamiento de dos tesis principales. La primera de estas, remitida al nivel autorial, supone que la producción escritural de Calvert Casey es posible de ser leída como tentativas constantes de reajuste que critican el estado de cosas actual y buscan proyectar una realidad diferente que supondría una mejora en la vida de los sujetos. Para la comprobación de esto, necesitamos, sin embargo, de la corroboración de la segunda de nuestras tesis: esta supone la realización efectiva del proceso tentativo, es decir, que ante un espacio social desajustado, los sujetos, protagonistas de los relatos, actúan y, por medio de diferentes caminos, sea el amor, la fantasía, la instauración de relaciones íntimas o el rechazo de la realidad en pos del encierro en otro cuerpo, buscan la manera de conformar un estado de cosas totalmente diferente al anterior.

Para el desarrollo de estas propuestas interpretativas, hemos establecido una división en cuatro capítulos, los cuales, a su vez, cuentan con sus necesarias subdivisiones. En líneas amplias, el primero de estos, titulado “Cuba: condición neocolonial y el cambio de la Revolución” se propone trabajar la dimensión histórica y cultural de la isla, enfocando nuestra atención en las implicancias que había tenido el colonialismo dentro de ella y cómo la Revolución supuso el esfuerzo por romper con esta lógica. El segundo capítulo consta de tres partes: la primera se enfoca en la reconstrucción de la experiencia de Calvert Casey en la Revolución cubana; la segunda, de carácter más teórico, apunta a la delimitación del concepto de migrancia y su respectiva aplicación al caso Casey; la tercera, a partir de las consideraciones de lo trabajado antes, desarrolla la concepción de la escritura como una praxis y las implicancias sociopolíticas que una perspectiva así trae consigo. El capítulo número tres consta de una división en dos: se trabaja, primero, las relaciones existentes entre sujeto, identidad y nación; y, en segundo término, el concepto de espacio social desarrollado por Henri Lefebvre. Ambos apartados se complementan y dependen el uno del otro. El cuarto consta de cuatro niveles diferentes: en el primero se introduce el análisis textual, con las respectivas explicaciones a las divisiones llevadas a cabo; posteriormente, los otros tres, refieren al análisis de los relatos de Calvert Casey (escogidos por su potencialidad crítica y representatividad), donde se utilizarán las observaciones teóricas que habíamos planteado previamente. Para terminar, en el capítulo cinco, está la conclusión, lugar en donde entregamos las observaciones finales con relación al cumplimiento de las dos tesis que acabamos de plantear al comienzo de esta introducción.

II. **Cuba: condición neocolonial y el cambio de la revolución**

“Hemos visto que toda colonización se traduce a más o menos a largo plazo en la muerte de la civilización de la sociedad colonizada” (Césaire 52); “es preciso tomar partido, los tiempos de la colonización nunca se conjugan con los del idilio” (Césaire 52); “la colonización es este fenómeno que comporta entre otras consecuencias psicológicas desastrosas la siguiente: hace tambalear los conceptos sobre los cuales los colonizados podrían construir o reconstruir su mundo” (Césaire 58). La serie de citas con las que inicio el presente capítulo me permiten establecer un distingo entre los conceptos de colonialismo, del cual nos está hablando Aimé Césaire, que supone la muerte de una civilización, la destrucción de sus instituciones y su modelo de vida, causada por la pérdida de iniciativa histórica, de condición psicológica y confianza en sí mismo, y el neolocalismo, concepto que refiere a una dependencia a nivel económico y cultural, pero a la vez con una suerte de independencia formal, política, y que deja un espacio más promisorio para un agenciamiento social e intelectual por parte de los individuos pertenecientes a las naciones desfavorecidas en la ecuación de intercambio metrópoli-(semi) colonia.

Si vamos a hablar de la condición neocolonial en Latinoamérica, debemos hacerlo destacando que a lo largo de las décadas y en la extensión territorial que a un continente refiere, contando la peculiar situación de cada nación y los grupos sociales dentro de ella, los tratos con las metrópolis no siempre se valoraron de la misma manera. Tulio Halperin Donghi lo evidencia cuando, con relación a los inicios de este nuevo orden global, aproximadamente 1860-1870 (con Inglaterra y sus múltiples inversiones como principal protagonista), hasta las primeras décadas del siglo XX, dice que estos parecieron ser bastante beneficiosos para los bolsillos de las corruptas oligarquías nacionales (que mientras más beneficio obtenían más corruptas se hacían), el fortalecimiento de los estados (frágiles hasta entonces por guerras intestinas) y el desarrollo de una modernización que se tradujo en el crecimiento del sector urbano y una industrialización que permitía, a su vez, el aumento de las inversiones extranjeras y la introducción de mayor cantidad de productos de consumo industrial: “este nuevo pacto transforma a Latinoamérica en productora de materias primas para los centros de la nueva economía industrial, a la vez que de artículos de consumo alimentario en la áreas

metropolitanas; las hace consumidoras de la producción industrial de esas áreas” (Donghi 218)

Pero claramente no todo lo que brilla es oro y en este caso la cuestión en poco tiempo se volvió bastante opaca. Mientras las oligarquías corruptas disfrutaban de los beneficios (y ni siquiera tan buenos, tampoco) de los tratados que cada vez se hacían más abundantes, los sectores urbanos emergentes sufrían de la miseria producto de una desigualdad propia de un orden que solamente beneficiaba a un sector reducido de la sociedad. El problema, sin embargo, no será solo ese, puesto que “Al mismo tiempo que se afirma, el nuevo pacto colonial comienza a modificarse en favor de las metrópolis” (Donghi 282). Con el desarrollo de las economías metropolitanas y una internacionalización cada vez mayor debido a los avances tecnológicos, que, como señala Eric Hobsbawm, permiten acceder a lugares antaño inimaginables, las presencias afuerinas se hicieron cada vez más patentes. Después de décadas de préstamos e inversiones era obvio que lo que en su momento fue un agente aislado se convertiría en presencia constante y sofocante:

estos acontecimientos no cambiaron las formas y características de los países industrializados o en proceso de industrialización ... Pero transformaron el resto del mundo, en la medida que lo convirtieron en un complejo de territorios coloniales y semicoloniales que progresivamente se convirtieron en productores especializados de uno o dos productos básicos para exportarlo en el mercado mundial de cuya fortuna dependían por completo (Hobsbawm, *La era del Imperio* 96)

Esta transformación del resto del mundo será de raíces profundas y persistentes. Cualquiera podría decir al vuelo que bastaba con un cambio de políticas nacionales en pos de la industrialización interna una vez que la ceguera del principio se apaciguó y se pudo ver lo nefasto de estos tratos que no produjeron más que, como diría Grínor Rojo, un “capitalismo enano” en los países neocoloniales. La historia de Latinoamérica demuestra lo contrario (qué decir del colonialismo que, como plantea Césaire, es peor aún) pues a cada intento que se llevaba a cabo se le respondía con políticas o paternalistas o represivas. En esto tiene mucha razón Hobsbawm cuando observa, con respecto a la era del imperio (1880-1914), hablando de colonialismo y neocolonialismo, más puntualmente el Británico y Europeo, que “estos países (los colonizados) “eran complementos de la economía industrial europea

(fundamentalmente la británica) y, por la tanto, no les convenía – o en todo caso, no les convenía a los intereses abocados a la exportación de materias primas sufrir un proceso de industrialización. Tampoco las metrópolis habrían visto con buenos ojos ese proceso. Sea cual fuere la retórica oficial, la función de las colonias y de las dependencias no formales era la de complementar las economías de las metrópolis y no la de competir con ellas” (97).

En definitiva, llegados a las primeras décadas del siglo XX se podía concluir que estábamos frente a un modelo bastante rígido en posibilidades de cambio que funcionaba como “la expresión más espectacular de la progresiva división del globo entre fuertes y débiles” (Hobsbawm, *La era del Imperio* 88)

Si acotamos el campo de visión y nos referimos al caso de Cuba, nos daremos cuenta que su realidad era incluso peor que la de otros países Latinoamericanos. El término de la guerra con España en 1898 no solo vino acompañado de los estragos propios del enfrentamiento. Y estas consecuencias de las que hablaré a continuación las tuvieron que cargar en sustancia, con ciertos cambios en el suceder de los años, sus gobiernos y sus políticas, hasta 1959.

El triunfo de la campaña militar cubana no produjo los resultados políticos que se deseaban. En vez de ello precipitó la intervención de Estados Unidos, y entonces se desbarataron todos los planes de los cubanos ... la intervención armada condujo a la ocupación militar, y al concluir ésta, en Mayo de 1902, Estados Unidos había reducido efectivamente la independencia de Cuba a una simple fórmula. La enmienda Platt negaba a la recién nacida república autoridad para firmar tratados, señalaba límites para la deuda nacional y sancionaba la intervención estadounidense para “El mantenimiento de un gobierno idóneo para la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual” (Pérez 151)

Esto en lo político, pero en lo que respecta al plano económico la cuestión no era muy distinta: “El tratado de reciprocidad no solo ligaba al principal producto de exportación cubano, el azúcar, a un solo mercado, el de Estados Unidos, sino que también abría sectores claves de la economía cubana – la agricultura (especialmente el azúcar y el tabaco), la ganadería, la minería (en especial el hierro) ... - al control extranjero, en su mayor parte estadounidense (Pérez 151)

Visto esto debemos enfrentar la cuestión de la revolución en su antes y después, es decir, previo a que se produjese y cuando ya estaba instalada, en observancia de esa larga historia de colonialismos y neocolonialismos que la cruzaron, como una respuesta y una solución a ellos. Es más, si atendemos a los múltiples trabajos de historiografía que hablan sobre las causas que la produjeron, podemos observar que gran protagonismo lo tiene las tensiones que se generaron con relación a la zafra de azúcar y las cada vez más abusivas y unilaterales medidas que fue tomando Estados Unidos sobre las posibilidades y derechos de la burguesía cubana. Para muestra, un botón, las palabras del senador norteamericano Allen J. Ellender: “Cuba se ha excedido en la producción ... Los que permitimos producir a vuestro país somos nosotros” (Cubillas, Jr 69).

Me parece que entrar a ilustrar en mayor profundidad la situación previa a la revolución, utilizando cifras que refieran la precaria condición económica cubana no es necesario para los fines del presente trabajo. Sí creo que debemos problematizar lo sucedido después de ella, sus significados simbólicos a nivel social y cultural, es decir, cómo fue concebida, las promesas que instauraba en la isla, los errores que se cometieron y sus aciertos. Todo esto de la mano de un esfuerzo que, intentado ver los problemas internos, nacionales, no deje de lado las tensiones internacionales que son en gran medida condicionantes de las cuestiones que se han ido dando puertas adentro. Esta revolución no puede ser comprendida y pensada con justeza y justicia si es que no se la considera como un fenómeno que se dio en la boca del lobo, en los dientes del gendarme del capitalismo en su etapa más floreciente y salvaje.

Y hablo de floreciente pues como nos dice Hobsbawm, “hay que tener presente siempre que en 1950 los Estados Unidos poseían por sí solos alrededor del 60 por 100 de las existencias de capital de todos los países capitalistas avanzados, generaban alrededor del 60 por 100 de toda la producción de los mismos, e incluso en el momento culminante de la edad de oro (1970) seguían teniendo más del 50 por 100 de las existencias de capital de todos esos países y casi la mitad de su producto bruto total” (Hobsbawm, *Historia del siglo XX* 379). Y hablo de salvaje, por dos motivos: el primero es que la llamada “Edad de oro” que supuso mejoras económicas por todos lados, pero principalmente en los países de industrialización avanzada, traía consigo un notable aumento de la desigualdad de condiciones, el crecimiento de la brecha:

a más complejidad de la tecnología en cuestión más complicado se hizo el camino del descubrimiento a la invención, y más complejo y caro el proceso de creación. La investigación y desarrollo (I+D) se hizo crucial en el crecimiento económico y, por eso, la ya entonces enorme ventaja de las “economías de mercado desarrollado” sobre las demás se consolidaba (Hobsbawm, *Historia del siglo XX* 366).

El segundo, y más directo, es aquel del que nos habla Tulio Halperin Donghi y también señala la “Segunda Declaración de la Habana” y que trata de la política internacional de Estados Unidos que, en vista de la Revolución Cubana y el peligro de una expansión del “cáncer marxista” por el resto de América Latina no dudó un segundo en ofrecer recursos económicos y preparación militar a los gobiernos de cada país a cambio de lealtad para con la causa. Sumado a esto, la Invasión a la Bahía de Cochinos y los constantes ataques terroristas con los que tuvo que lidiar Cuba venidos precisamente de territorio estadounidense: “Ya Estados Unidos no podrá caer jamás sobre América con la fuerza de Cuba, pero en cambio, dominando a la mayoría de los Estados de América Latina, Estados Unidos pretende caer sobre Cuba con la fuerza de América” (Castro 1).

el fracaso del ataque militar contra Cuba, costoso para el prestigio de Estados Unidos en Latinoamérica y para la bisoña administración de Kennedy tanto en su país como en los aliados de éste, eliminó por el momento la posibilidad de una nueva tentativa armada, pero no impidió a Washington desquitarse en enero del año siguiente en el terreno diplomático, imponiendo en la reunión de la OEA ... la separación de Cuba del organismo y la creación de un comité consultivo de seguridad, en el que algunos veían el anticipo de un organismo regional de carácter militar destinado a afrontar la Revolución cubana y sus eventuales ecos continentales (Donghi 542)

Todo lo dicho definitivamente no pudo suceder sin consecuencias. El esfuerzo de trazar qué acto influyó en cada medida de la Revolución supone una investigación que supera a los fines de la tesis. Cabe señalar, no obstante, –y con esto basta– que es imposible llegar a concebir un proceso revolucionario exento de errores cuando se tiene que lidiar con una realidad mundial y vecina donde los movimientos, tanto a nivel internacional como nacional, importan sobremanera, y deben ser planificados para la superación de las condiciones de

coloniaje en las que se había estado atrapado por más de sesenta años. Con esto planteado, lo que menos queremos es justificar los fantasmas de la Revolución: las Unidades de Ayuda a la Producción (UMAP) existieron y dudosamente conformadas con cuerpos de voluntarios; como señalaran las palabras de Raul Castro, “se incluían jóvenes que no habían tenido la mejor conducta frente a la vida” (1), siendo incorporados al programa con el fin de que pudiesen encontrar un camino adecuado para sus acciones. Suerte de cura a la inmoralidad. A su vez, están los actos prohibitorios (el desarrollo de la censura o el veto para ciertas personas, tachadas de inmorales, de poder frecuentar ciertos espacios públicos).

En este sentido, y junto a otros errores menos cuestionables pues parecen ser propios de cualquier Gobierno que busca su lugar económico nacional y mundialmente hablando, como los cambios en la productividad propuestos por el Che, que tuvieron serias consecuencias en el pueblo cubano en lo que trata al cumplimiento de la promesa en la mejora del nivel de vida, en este sentido, como decíamos, posiblemente estamos frente a lo que se podría denominar como el lado más oscuro de la Revolución, ese de donde nacen las críticas y las reticencias, el espanto de la mirada extranjera y también el sufrimiento, el miedo y el rechazo de unos pocos que, frente a las políticas que se fueron sucediendo, terminaron o apresados por antirrevolucionarios e inmorales o en el exilio.

Caer en la lógica de la crítica total, sin ver las cuestiones positivas, supone un error tan grande como su contrario. Fiscales de revolución, para emplear la expresión de Roberto Fernández Retamar, hubo muchos. También hubo otros que por su organicidad al régimen se desligaron de todo deber crítico. Esta es una cuestión que no viene a cuento, empero. Lo que nos importa, ya para terminar, es el trazo del discurso oficial revolucionario, sus significados en tanto ruptura con el pasado y la instauración de un cambio radical en las posibilidades de existencia de los cubanos.

En esto, el ensayo “Caliban”, publicado en la revista “Casa de las Américas”, en el tomo No. 68 del año 1971, puede servirnos como representativo de una ideología que, sin dejar de lado sus características particulares en tanto producción individual, estaba ya generalizada en la Isla y que es constatable en otras numerosas publicaciones también de “Casa de las Américas” o en la Primera y Segunda Declaración de la Habana.

La figura de Calibán y la identificación del Latinoamericano como tal supone una ruptura con los anteriores esfuerzos llevados a cabo por las políticas del subcontinente en pos

de asimilarnos a la cultura europea, sus modelos de vida y sus ideales de modernidad y modernización. Vernos cómo la figura del colonizado al cual le enseñan la lengua del colonizador, pero que, en vez de obedecer a este (Próspero) la utiliza para maldecirlo, instaura la posibilidad (y la necesidad) de un cambio radical con relación a la Metròpoli (la crítica de esta es la primera fase de la construcción de, como diría Martí, “Nuestra América”; la aceptación de nuestra propia diferencia, nuestra identidad distinta, compuesta de nativos americanos, afrodescendientes, descendientes de europeos, etc). Esto, a primera, vista, parece no tan radical: pero la valoración de culturas que durante décadas han sido denostadas; asimismo, la contemplación de esos otros, miembros de esas culturas, por ejemplo los indígenas, ya no solo como un problema no solucionado y que hay que sobrellevar por medio de la mezcla de “razas” o “etnias”, mucho menos como aquellos a los que hay que eliminar de ella, sino como sujetos tan valiosos como todos y tan capaces como todos para constituirse en agentes sociales caros a un sistema justo, es, definitivamente, un cambio radical. Estamos aquí, sumado al esfuerzo por construir una economía nacional independiente y floreciente, con la promesa de la Revolución.

Para concluir, la presente cita simboliza con nitidez aquel cambio del que hemos hablado: “Fue muchos años más tarde, concretamente después del triunfo de la Revolución Cubana en 1959 (cuando empezamos a vivir y a leer el mundo de otra manera), que comprendí que yo no había estado del lado mejor en aquel libro, por otra parte notable” (Retamar 41)

Vivir y leer el mundo de otra manera supone la modificación total de la experiencia; para llegar a ello se necesita también de la modificación total de la valoración de la propia cultura. Igual de importante es el hecho de la Revolución representaría un nuevo comienzo, un paso que rompería con el pasado y supondría el advenimiento de un futuro prometedor (por no decir próspero, palabra que trae malos recuerdos) en donde las cosas definitivamente ya no podían salir mal.

Calvert era el escritor ideal para una época ideal -mientras duraron ambos.
Guillermo Cabrera Infante

III. Calvert Casey: esperanza, temor y exilio.

El objetivo del capítulo no es el de la construcción de una biografía que nos entregue el relato de la vida de Calvert Casey; tarea extremadamente compleja, quizás irrealizable por causa de la escasez de datos de su niñez y juventud, y que no se adecúa al fin de la tesis. Tampoco llevaremos a cabo la narración pormenorizada de sus episodios de vida más destacados por otros autores, como el exilio en Roma, su relación amorosa con Gianni y el suicidio. Basados en la convicción de que toda vida humana está considerablemente determinada por las condiciones sociales en las que se encuentra, y que cada expresión de esa vida está a su vez marcada por estas condiciones sociales, no suprimiendo, sin embargo, ese resto (la posibilidad de respuesta) que es propio del sujeto y su identidad, lo que se busca a continuación es la reconstrucción de dos experiencias claves para la interpretación de los cuentos que veremos posteriormente: 1) la observancia de su estadía en la Cuba revolucionaria, prestando principal atención a cómo fue su contacto con los otros, los cubanos y su institucionalidad, y 2) una vez en el exilio, lo que significa el abandono de la promesa revolucionaria en un mundo que, muy por el contrario, se perfila más bien como tradicionalista.

Hijo de madre cubana y de padre estadounidense, nació en 1924, en Baltimore, donde vivió hasta 1941. Posteriormente, parte junto a su madre y hermana hacia la Habana, lugar en que permanece y se educa cinco por años. En 1946 sale de Cuba, “viaja por Europa y se asienta en Nueva York” (Domínguez). Aquí se mantiene trabajando como traductor y consigue su primer logro literario con “The Walk”, cuento con el cual gana un premio en la revista “New Mexico Quaterly” el año 1954-1955. Aproximadamente en 1957 regresa a Cuba, tras diez años de ausencia y a dos de que se produjese la Revolución. Durante este tiempo se mantiene como trabajador de la compañía “Cuban Telephone Company”, donde, a partir del testimonio de Humberto Arenal, director de las obras de Virgilio Piñera, vemos que no pasa de ser un individuo percibido como extraño y molesto, de nombre poco común (referencia a su marcado extranjerismo “yanqui”) que, desde los primeros encuentros con él, predisponía en los otros una actitud negativa:

Su nombre y apellidos resultaban muy extraños para aquellos adolescentes, jóvenes más bien, que trabajábamos como compañeros en la Cuban Telephone Company. Llamarse Calvert Casey era una cosa desusada, casi un reto. Y todavía más que esa persona tuviera un aire intelectual y ausente, supongo que yo estaba tan prejuiciado en su contra como los demás (Gumucio 3)

Esto, sin embargo, y según las palabras de aquellos que lo conocieron, que se dieron o tuvieron el tiempo de hacerlo, no era más que un desacertado prejuicio. Tras la imagen del sujeto extraño y molesto había, primero, uno nervioso y tartamudo (cuestión que se verá representada en el cuento “El Regreso” por medio del protagonista), al cual le costaba articular las palabras, y luego, uno cálido y preocupado por los demás. Con la llegada de la Revolución nos es posible observar ciertos cambios en lo que respecta a esta experiencia social: trabajando en el contingente del escritor Virgilio Piñera, para la revista ‘Lunes de Revolución’, donde, primero, y como señala Guillermo Cabrera Infante en ‘Vidas para leerlas’, “salvó con uno de sus raros artículos o de sus penetrantes ensayos más de un número del magazine, rescatable del olvido porque Calvert Casey aparece ahí” (43)¹, y, segundo, también establece vínculos de amistad con ciertos artistas con los cuales mantendrá contacto hasta los últimos días de su vida y para los cuales será mejor conocido como “la Calvita”. Es de aquí donde abundan los testimonios del mismo Infante sobre las juntas de amigos en distintas casas, y de lo que nos queda como recuerdo un ambiente de bienestar y dicha. No obstante una melancolía propia de su experiencia de vida, pareciera que Casey había encontrado un ambiente fraternal donde lograba superar las anteriores contradicciones de sujeto extraño y molesto al lugar en donde se encontraba.

De este momento cabe señalar un episodio que nos cuenta el mismo Infante y que nos permite hacernos una imagen más completa de la personalidad de Casey. Paseando ellos por

¹ Los testimonios de Guillermo Cabrera Infante tienen especial relevancia puesto que se permiten tratar ciertos roles de Casey que en otras personas que lo conocieron y han escrito de él han pasado sin mayor atención. En este sentido, son importantes las observaciones que hace con relación a las temáticas de muchos de sus artículos, donde ya se perfila un trabajo y un discurso distintos al generalizado en la isla: “detrás de su nombre doblemente exótico se escondía un escritor profundamente cubano –todavía más, esa rareza: un escritor habanero- que escribía una prosa exquisita y al mismo tiempo legible, que hablaba de temas tabúes como el suicidio de José Martí o simplemente exóticos *inter in pares* como su descubrimiento de Isla de Pinos, para Calvert una verdadera Isla del Tesoro que exploró con el documentalismo creativo de otro Stevenson” (Infante 44)

la Habana junto Miriam Gómez se detienen frente al Centro Asturiano, edificio de puertas barrocas, rodeado de laureles y de un interior alumbrado como en día de fiesta” (50). Ante el magnífico palacio, Casey declara que necesita hacerles una confesión con relación a la escalera que cruzaba el recinto. Maliciosamente, Infante, imaginará, jurando silencio “la sabrosa anécdota amorosa que le ocurrió a Calvert en esa escaleta” (51), donde, “tal vez escondido debajo de ella masturbaba a un amorcito de antifaz” (51). Sin embargo, la cuestión es mucho más profunda y problemática debido a las políticas de la isla:

el anhelo, el ansia, el sueño de mi vida es bajar esa escalera ... Pero yo quiero bajarla vistiendo una gran bata de crinolina, con encajes sobre mi escote, los hombros al aire, los senos salientes ... Entonces así ataviada bajaré la escalera, escalón a escalón, lentamente regia como una reina, todas las luces sobre mi descenso (52)

A lo cual responde Infante: “Bueno, Calvert, perdona, le dije, pero, considerando (no quería pronunciar las palabras fatales como Revolución, Ministerio del Interior, policía) me parece poco posible. No quise decirle imposible” (52)

Podemos decir que este estado de cosas no durará mucho tiempo y que si se dio, como lo deja entrever la cita previa, no pasó de ser un ambiente propio de un círculo reducido de intelectuales. Debido a conflictos con el régimen castrista, ‘Lunes de Revolución’ solo se mantiene hasta 1961; muchos de sus autores pasan a trabajar a ‘Casa de las Américas’, órgano oficial de la Cuba revolucionaria. Ya podemos empezar a ver una tensión que no dejará de ir aumentando con el paso del tiempo. Los antiguos miembros de la revista clausurada, si bien tolerados, no eran muy caros al gobierno. Ciertas conductas “inmorales” que escapaban a la lógica de lo permitido: donde (en el caso de Casey, sujeto de bastante bajo perfil, se limitan principalmente a su homosexualidad y gustos pornográficos) fueron ubicándolos en un lugar bastante particular del espacio social: aquellos que se mantenían bajo vigilancia y observación pero que seguían siendo tolerados, siempre y cuando su participación pública fuese reducida, que sus gustos “enfermos” se mantuvieran bajo el tapete.

El testimonio del escritor mexicano José de la Colina es clave en este sentido: “No lo avergonzaba su tartamudeo: descubrí que podía ser un tartajoso locuaz [se refiere a Casey], a veces una metralleta de sílabas, cuando los dos echamos a caminar conversando por la avenida 23 hacia “mi” hotel, el Habana Libre, ex Habana Hilton ... Cuando llegamos al

Habana Libre y lo invité a tomar algo en uno de los bares interiores, echó una mirada desconfiada hacia el hall y dijo que no podía acompañarme, que debía ir, ¡en domingo!, a su trabajo en Casa de las Américas, y se despidió, amable y apresurado. Más tarde, cuando supe que ciertas personas señaladas como inmorales tenían prohibido entrar en los grandes hoteles de Cuba a los que llegaban los visitantes extranjeros, sospeché que Casey, aun si al parecer no estaba tan fichado como por ejemplo el inteligente y temeroso y temerario Virgilio Piñera, habría preferido no arriesgarse” (Domínguez 2).

Si bien lo que encontramos aquí no pasa de ser una sospecha que podría no salir de una sobreinterpretación por parte de Colina, hay dos opciones posibles que debemos pensar detenidamente. La primera es que optemos por no dar crédito a que la actitud de Casey se debiese a un cierto temor hacia la normatividad estatal. Si tomamos esta opción, queda, no obstante, la incertidumbre generalizada, el hecho de que se hubiese llegado a un tal ambiente en donde la posibilidad de pensar en la vigilancia y la marginación se materializa. Solo donde hay temor y represión, hostilidad, conjeturas de este tipo se vuelven así de comunes. La segunda posibilidad, y es una que Casey, según testimonios de cercanos, tenía muy en consideración y lo atormentaba, era que la vigilancia existía y estaba sobre él y que la posibilidad (el peligro) de ser reclutado para la UMAP, donde sus destinos eran bastante inciertos, podía hacerse realidad muy prontamente. Con todo, sea mera sospecha o peligro latente, lo cierto es que se había instaurado una cuestión nefasta que operaba por medio de la exclusión: una reclusión en ciertos espacios que vedaba la entrada en otros.

Casey jamás respondió a estas contingencias de la manera en que lo hicieron otros afectados. Si comparamos su actitud con la de autores como Guillermo Cabrera Infante o Reinaldo Arenas, encontramos que su visión más que binaria (nosotros contra ellos) se mantuvo y sostuvo en una alternativa contradictoria. Sabedor de los peligros que podía llegar a encarnar la Revolución, no dejó de ser consciente en ningún momento de su potencial al momento de realizar la promesa revolucionaria: en este sentido Casey la experimentaba como el lugar en donde era dable creer que se podían abolir las marginaciones y los castigos propios de una moralidad burguesa y cristiana que marcaba tanto a la homosexualidad como a otras variantes con el signo del pecado, la enfermedad o la inferioridad. De esto es revelador el artículo “El Centinela de Cristo”, el cual, aun a pesar de estar trabajado en una clave que

coquetea con el cuento, testimonia el encuentro con un soldado, guardia de la casa del Che, con una adhesión y esperanza que no hay que pasar inadvertida:

Este hombre utilizaba una lengua desconocida, se expresaba en términos inusitados de la vida y la muerte, pero sobre todo de la vida y del derecho del disfrute de sus bienes inagotables; de una nueva justicia, de un concepto más humano y menos abstracto del bien ... Estábamos –estaba yo, hombre de la misma tierra- ante un nuevo tipo humano, un ser absolutamente revolucionario en el sentido total de la palabra (Casey 279)

Y agreguemos una observación de José de Colina:

Como asociación de ideas pasó a decir que a él le gustaría vivir en México ... pero que al mismo tiempo no deseaba salir de Cuba, pues, considerándose esencialmente cubano, se había adherido tanto a la sociedad nueva que ni moral ni sentimentalmente sería capaz de abandonarla: él en otros tiempos, en Europa, en los Estados Unidos, tenía buenos empleos y buen tren de vida, y lo había dejado todo para venir a la isla, pues aquí sentía que recobraba su tierra verdadera, que la revolución abría una esperanza, una forma de libertad en todos los órdenes de vida (12)

Se comprenderá que la huida de Cuba en 1966 no será solamente un cambio de aires. Fractura y abandono de una posibilidad que no se volvería a repetir en Roma, ambiente totalmente distinto, marca no solo la enemistad con un régimen que se terminó experimentando como demasiado agobiante y peligroso, sino también la desesperanza en la posibilidad de que a nivel social se pudiese alcanzar la libertad “en todos los órdenes de vida”. No será casualidad que los testimonios acerca de Casey en Europa repitan el foco en lo privado: la centralidad de la figura de su amado Gianni es síntoma de un cambio de paradigma, de la conciencia en la clausura de la promesa revolucionaria y la búsqueda del bienestar en una opción muy diferente. Esto, posiblemente, se vive de forma dialéctica: es a la vez un triunfo y una caída. Su suicidio de 1969, condicionado por la muerte de su madre un mes antes, evidencia la tensión y complejidad interior que se volvió insostenible. Melancólico casi por naturaleza, su acto no fue espontáneo ni tampoco resultado de un arrebato, sino premeditado: “me preguntó por un pequeño frasco de barbitúricos que allí guardaba y cuando le aseguré que lo veía me explico con toda naturalidad. -Son las pastillas

con las cuales me voy a suicidar cuando llegue el momento. Siguiéndole la corriente, le pregunté: ¿Y eso cuándo será? No mientras mamá viva –me respondió- No quisiera darle ese disgusto” (Fandiño 4).

A. Condición migrante

Visto lo expuesto, una de las problemáticas que debemos resolver es la de establecer una conceptualización que, premunida de sus respectivas descripciones, nos permita interpretar los hechos biográficos e históricos con los que hemos ido trabajando. Será a partir de aquí, de una comprensión más profunda que el mero dato, desde donde iremos ganando directrices caras para los próximos análisis.

Abril Trigo, en “Migrancia: memoria: modernidad” delimita las diferencias de uso y significación de conceptos referidos a individuos o grupos de individuos que se enfrentan a la experiencia de estar fuera de su patria. Hablamos de exiliados, emigrados, migrantes y grupos diaspóricos, y me parece necesario llevar a cabo una breve ilustración de cada cual y conseguir de esta manera decantarnos por el que más se adecúa a la experiencia de Calvert Casey.

Con relación al exilio Trigo destacará su “aura de persecución y la romántica figura del desterrado” (273). Se trata de individuos que se deben desplazar de su país natal a otro por cuestiones como catástrofes ecológicas o disputas políticas internas. El exiliado en muchas ocasiones está marcado por condiciones político-sociales o una adhesión ideológica que lo obligan al abandono, a una huida llevada a cabo con la dignidad de aquel que no abandona sus ideales no obstante la represión (273).

La diáspora –fenómeno colectivo-, por su parte, refiere a migrantes que, en su desplazamiento, sean exiliados o no, se hacen de una comunidad que resiste al imaginario nacional hegemónico del lugar en el que se ubican en el presente. Funcionan con la construcción de guetos que cargan con una patria utópica de la nación que han debido abandonar, la cual se inserta en el cuerpo social del nuevo territorio en el cual se ubican. Rodeados de esa añoranza grupal por lo que han dejado atrás, funcionan como defensa de una identidad pasada y como duelo deseante de un regreso a lo que constantemente reconstruyen con su imaginación. (275)

Al momento de hablar de los sujetos emigrados y migrantes, me parece conveniente verlos en su íntima relación en tanto dos manifestaciones que varían en la capacidad de adaptación que se posea en el nuevo territorio al que se adviene. El emigrante es aquel que, dejando su patria y llegando a otra, asimila satisfactoriamente el imaginario nacional hegemónico. Si anteriormente vimos a la diáspora como una comunidad de amortiguación

que establece hilos de nostalgia con lo pasado (que es futuro en tanto fantasía que aboga por un regreso utópico), hemos de decir que el emigrante no requiere de esta comunidad pues su identidad llega a sintetizar el “entonces allá” (la patria inicial) con el “aquí ahora” (nuevo territorio nacional al que se llega) (276). Migrancia es, por el contrario, experiencia de disociación y desacomodo. Puede ser que el migrante en su nuevo destino se haga de una comunidad, formando una diáspora, como puede ser que no. En este último caso nos encontramos con la situación quizás más traumática y dolorosa de todas: su identidad se mantiene en tensión constante y no llega a cuajar en el nuevo cuerpo social. “Después de todo, migrar es algo así como nostlgar desde un presente que es o debería ser pleno las muchas instancias y estancias que se dejaron allá y entonces” (Cornejo Polar 4).

La disociación entre instancias y estancias de un “entonces-allá” y un “aquí-ahora” toca las cuestiones más profundas de la identidad del sujeto:

se me imagina que el migrante estratifica sus experiencias de vida y que ni puede ni quiere fundirlas porque su naturaleza discontinua pone énfasis precisamente en la múltiple diversidad de esos tiempos y de esos espacios y en los valores o defectividades de los unos y de los otros (Cornejo Polar 5).

No debemos solo centrar nuestra atención, sin embargo, en los fenómenos más visibles, tales como comportamientos y costumbres. La matriz la develó Cornejo Polar al momento de distinguir entre el mestizo (que Trigo igualará acertadamente con el emigrante) y el migrante a nivel lingüístico. El mestizo, metafóricamente, genera semejanza valórica entre la lengua del pasado y la del presente: igualación que permite síntesis entre ambos mundos e imaginarios. El migrante, por el contrario, es metonímico: entre ambas lenguas y sus significados hay una diferenciación irrenunciable e irreductible que conlleva la estratificación de las experiencias de vida: las maneras de nominar el mundo no se igualan y, por ende, los mundos tampoco.

Hemos de esforzarnos por pensar la migrancia y sus desacomodos que causan estragos en la identidad de los sujetos a la luz de las posibilidades que abre en las interacciones dentro del espacio social. Siguiendo esos versos de Hölderlin que ya Heidegger utilizara en su debido momento (*Caminos de Bosque* 220), “pero donde está el peligro, crece también lo salvador” la perspectiva desde la cual observar es la que se mueve dialécticamente desde la conciencia de que el sujeto experimenta el desacomodo, que puede ser solo mera

molestia o llegar a un desgarramiento por una identidad polarizada de dos mundos en disputa (caso de Casey entre Estados y Cuba) hasta llegar a percatarnos que es ese mismo desacomodo el cual establece observaciones y producciones de estos sujetos migrantes que ponen en entredicho la construcción nacional hegemónica y al mismo tiempo establecen otras variantes morales e institucionales. Es esta misma rica productividad la que Trigo trabaja cuando nos habla de la función del migrante como agente modernizador en Latinoamérica:

su contribución es, incluso, mensurable, desde lo demográfico hasta lo económico (dinamizador de mercados en su doble carácter productor y consumidor), lo político (introdutor de ideologías de cambio y de prácticas democráticas), lo social (hábitos, costumbres, formas de relaciones diferentes), lo religioso (diversidad de creencias y la consecuente secularización del estado, lo lingüístico, lo cultural (Trigo 285).

Ahora bien, quedarnos con estas observaciones y no tratar la especificidad de la situación de Calvert Casey es dejar el dibujo a medio camino. Sumado a lo dicho, es la particularidad de un migrante estadounidense-cubano y de dos ideologías y mundos al parecer opuestos e irreconciliables lo que nos abre un espacio de observación que no solo se constituye como relectura necesaria de un escritor que ha pasado demasiado desapercibido, sino como un discurso potente, rico en contradicciones, con respecto a la condición social cubana y la experiencia internacional en tanto sujeto que, viviendo en Estados Unidos, Cuba o Italia, no dejó de experimentarse a sí mismo como ajeno y desajustado.

Cada uno de estos lugares guardó su propia significación. Al hablar del primero, y como ya observamos en una cita del capítulo anterior, referimos la instancia de la juventud, el lugar en donde y a partir del cual se formaron gran parte de sus gustos literarios y estéticos, a la vez que se contaba con una moralidad muy distinta que podía llegar a ser indiferente a cuestiones que posteriormente se le prohibirían. En el caso de Cuba, la cuestión supone la contradicción entre la adhesión y el cariño más profundos a la isla junto a ese conjunto de costumbres y comportamientos moldeados con otras ideologías y moralidades. En este, podemos decir que no obstante su apego, su identidad cargaba con códigos que simbólicamente lo extrañaban y materialmente lo ubicaban en la esquina excluida del dibujo social. Por último, su estadía en Roma y los constantes movimientos a otras ciudades de Europa muestran una experiencia de abandono de la alternativa socio política en función de

encontrar respuestas más individuales y personales. Esto no deja de ser una triple polarización: un locus migrante de tres aristas donde se conjuga ese pasado más indiferente de la gran metrópoli capitalista, uno más próximo que es el de las esperanzas y desesperanzas cubano, y, por último, uno tradicional y católico donde, como todo buen migrante, prima la soledad y la nostalgia, pero con una estratificación existencial donde el pasado ya no se intenta recuperar y más bien se alcanza cierto contento por medio de otras alternativas totalmente distintas, individuales.

B. Escritura como praxis

La manera en que consideramos la literatura es una cuestión que tiene consecuencias para nada desdeñables en el abanico de posibilidades que se nos presentan cuando estamos realizando un análisis. En este sentido, la ubicación a partir de la cual se mira e interpreta puede ser la clave para encontrarnos con cuestionamientos que hasta el momento han pasado desapercibidos para los ojos de la crítica incluso más aguda. Esta es causa suficiente para llevar a cabo el esfuerzo de una conceptualización que más que proponer ideas originales que pretendan remecer las concepciones del campo y las discusiones que se vienen llevando a cabo hace décadas por grandes especialistas, aspira a ser la articulación de tres teorizaciones que permitan seleccionar de ellas lo que se hace más adecuado para el trabajo con la escritura de Calvert Casey.

Grinor Rojo en “Práctica de la literatura, historia de la literatura y modernidad literaria en América Latina”, dialogando con Françoise Pérois, nos entrega un conjunto de observaciones y directrices acerca del materialismo histórico y dialéctico que desembocan en una conceptualización de la literatura como una práctica escritural, un trabajo, es decir, un “proceso material de producción socialmente regulado” (34). Pero para no perder su argumentación es necesario hacer el recorrido lo más ordenado que nos sea posible.

Según el ojo crítico de Rojo, el libro de Françoise Pérois titulado “Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo” presenta una tensión en lo que podríamos llamar una contradicción de dos maneras de concebir la manifestación cultural y lo literario en el materialismo dialéctico. Tenemos en primer lugar la cuestión de lo que implica el concepto de dialéctica y las condiciones que se deben cumplir para que este sea eso y no solo reproducción mecánica, un mero reflejo de la conciencia (y de la cultura en cuanto manifestación de la conciencia) a partir de las condicionantes materiales y económicas. Siendo claros, si hemos de comprenderlo como dialéctica, requerimos que ambos términos funcionen como sustantividades, es decir, entidades dotadas de una sustantividad propia, donde, en el caso que nos compete, las condiciones materiales sean uno de los términos de la ecuación pero la cultura, en tanto manifestación de la conciencia ubicada en, e influenciada por dichas condiciones materiales, tenga también el mismo estatuto y no solo sea comprendida como un reflejo superestructural de una estructura. La contradicción de Pérois se encuentra precisamente en que su concepción de lo literario no cumple con los requisitos

planteados anteriormente de la dialéctica. No entendiendo la literatura como entidad propia dueña de una historia particular, su materialismo histórico queda cojo: “en esta perspectiva, las esferas de las que se compone la cultura de una sociedad no pueden ser consideradas como entidades dotadas de una sustantividad propia” (Pérus 11).

Ahora bien, una de las gracias de las contradicciones es que en múltiples ocasiones los puntos ciegos van acompañados de grandes aciertos; en este caso sería el énfasis en el concepto de práctica. Adscritos junto con Rojo a una visión de la dialéctica donde los dos términos, no obstante influenciarse, cuentan con un similar estatuto y a la vez son autónomos, podemos hacernos eco de las siguientes palabras: “la actividad material y la actividad intelectual tendrán eso en común: el ser ambas trabajo, por un lado, y ser ambas trabajo determinado socialmente, por el otro ... en tanto hablamos de trabajo estamos pensando necesariamente en un proceso de agregación sobre o más allá de lo dado” (Rojo 35). Y también:

Toda producción es, pues, reiteración y agregación. Reiteración que es reproducción de las condiciones de producción y agregación que es producción propiamente dicha: lo nuevo que los seres humanos añaden, con el despliegue de su esfuerzo material o intelectual, al mundo (35)

Esto nuevo que los seres humanos agregan al mundo es lo que nos interesa sobre manera con relación a la escritura de Calvert Casey. En vista a las condiciones sociales que hemos observado en los capítulos anteriores, nos parece un esfuerzo para nada desdeñable el de intentar vislumbrar en sus cuentos las múltiples manifestaciones de lo que denomina Rojo como agregación. Antes bien, no es que estemos tratando un tema nuevo, sino todo lo contrario: acerca de esto hay de no acabar. Es pertinente tentar la posibilidad de articular dos teorizaciones que resultan claves para el análisis y que creo se encuentran latentes como un mismo esfuerzo en lo que hemos denominado “tentativas de reajuste”.

En primer lugar tenemos a Herbert Marcuse y su visión de la “alta cultura” en su libro “El hombre unidimensional”. Hemos de partir, previo a la exposición, con una distinción de principios: no es la estratificación elitista entre lo alto y lo bajo lo que aquí nos convoca, y esto lo dejaremos a un lado desde ya puesto que solo nos significará un obstáculo para lo que viene. Que el autor, hijo de su escuela, nos entregue un panorama total con el cual discrepamos o a lo menos consideramos debe ser sometido a una nueva problematización,

cuestión que no corresponde al caso, no quiere decir, empero, que todas sus observaciones estén erradas: no la construcción del concepto, sino la descripción de este es lo que considero como una cuestión atendible y fructífera dentro del contexto revolucionario en el que se sitúa Casey. Me explico: desligados de la visión dicotómica y dual del sujeto que se espanta ante “la unidimensionalidad de la cultura de masas” y nostalgia ese componente negativo, bidimensional de la alta cultura, que ponía en jaque la realidad material de las sociedad por medio de una trascendencia del pensamiento, el cual era capaz de aspirar a algo mejor, nos queda precisamente el rescate de concebir la cultura, el arte (y en este caso la literatura) como posibilidad de una crítica corrosiva a la sociedad, una negación a aceptarla tal cual se experimenta en un presente determinado, es decir:

Ritualizado o no, el arte contiene la racionalidad de la negación. En sus proposiciones más avanzadas es el Gran Rechazo; la protesta contra aquello que es. Los modos en que el hombre y las cosas se hacen aparecer, cantar, sonar y hablar, son modos de refutar, rompiendo y creando su existencia de hecho (Marcuse 76)

Quedémonos, primero, con la protesta a lo que es. En segunda instancia, destaquemos el modelo dialéctico que hace de base para los planteamientos de Marcuse: si en un capítulo posterior comprenderemos la identidad como aquello que es pero que a la vez carga consigo, en su profundidad, su contradicción, en este caso el arte es una práctica que precisamente opera como instancia que permite la apertura e iluminación de esos caminos que a simple vista nos parecen imposibles o inexistentes. La negación abre la posibilidad a la modificación, esto a nivel tanto individual como social.

Consideramos, sin embargo, que en lo que refiere a modificar o romper con una realidad establecida no alcanza solo con la protesta o el rechazo: hay que levantar algo distinto. Alfonso Reyes, en su trabajo “Literatura en pureza y Literatura ancilar” planteará que lo literario está compuesto por dos elementos: por una parte, lo que define como “literatura en pureza”, “la experiencia pura, la experiencia general humana” (Reyes, 17), es decir, el hecho de que el autor, valiéndose de diferentes materiales de la realidad, los carga de significado individual e histórico-social (perspectiva que dialoga amistosamente con el materialismo histórico con el que estamos trabajando). Por otra, lo ficcional, concepto extremadamente rico en posibilidades y que justifica la extensión de la presente cita:

... la ficción no es una mentira, antes es otro modo más cabal de verdad. Y esto, por dos razones: la una, porque ella contiene la evocación del hecho práctico, el mínimo de realidad con que se satisface la práctica y, además de eso, la expresión de un querer real añadido por el hombre con un arresto de creación mágica, o complementación del mundo por la voluntad verbalmente manifestada: sea el sol, además de lo que suele, un monarca oriental que expira. Y, la otra cuestión, que aquí encontramos la traducción de una verdad íntima en toda su plenitud (Reyes 26-27).

Visto esto, ficción es aquello que, partiendo de una experiencia material es capaz de añadir la voluntad del sujeto que escribe: querer real añadido y arresto de creación mágica; permite la proyección que dialogando, respondiendo a las condiciones de un aquí y ahora, construye algo diferente, lo imagina: abre la opción a la modificación en todos los niveles posibles, sea como un simple añoranza de algo diferente, sea como un sistema acabado que por medio de la literatura desoculta alternativas. Si con Marcuse encontramos la protesta y la negación, con Reyes damos un paso al frente: la literatura proyecta mundos nuevos con asidero en la realidad y a la vez, en tanto práctica, trabajo que está inserto en un sistema social determinado con una serie de instancias de emisión y recepción de sus mensajes, tiene la cualidad de proyectarse en la sociedad, de generar cambios cualitativos en sus prácticas y en la realidad material. Rechazo de la realidad y proyección de una diametralmente distinta: literatura con dientes.

IV. Sujeto, identidad y nación

Es adecuado iniciar la exposición en lo que respecta a este capítulo con la premisa, planteada explícitamente en “La cuestión de la identidad cultural” por Stuart Hall, del hecho de que tanto el sujeto como sus identidades son cuestiones históricas, dependientes directamente de las condiciones materiales de una sociedad.

Con respecto al concepto de “identidad” Grinor Rojo, en su libro “Globalización e identidades nacionales y postnacionales... ¿de qué estamos hablando?” le dedica un capítulo entero (“La identidad y la diferencia”), donde establece una revisión histórica que le permite perfilar tres teorizaciones diferentes con consecuencias notablemente distintas cuando se aterrizan en los sujetos y sus realizaciones socio históricas: 1) aristotélica-leibniziana, 2) diferencial-derridiana y 3) dialéctica hegeliana. La primera supone que el sujeto se constituye en base al principio lógico de la no contradicción, es decir, “es imposible que lo mismo se dé y no se dé en lo mismo a la vez y en el mismo sentido”. Esto supone que aquello es x (referencia a un sujeto cualquiera) no puede ser a la vez no x, pues se hace imposible la contradicción y la negación de aquello que anteriormente se había sido. En segundo lugar tenemos al sujeto diferencial, aquel de carácter constantemente fluyente y cambiante que supone la imposibilidad del establecimiento de la identidad y más bien un constante relato de diferencias que sólo a nivel de apariencia se percibe centrado. Por último está el caso de la identidad y sujeto dialéctico, perspectiva que se adecúa a los fines del análisis de la tesis. Este supone que la identidad “es solo la determinación de lo simple e inmediato” (Rojo 24) mientras que “la contradicción tendría que ser considerada como lo más profundo y lo más esencial” (Rojo 24). Presentándolo de manera más comprensible, lo que sucede en el sujeto es una dualidad o un proceso dialéctico en donde tenemos como lo más simple aquello que acontece y percibimos de manera inmediata, la identidad del otro o mía, su o nuestra forma de ser; “Juan es x”, en donde x es un conjunto de atributos que definen y caracterizan a Juan. En lo profundo de esta primera capa de barniz, sin embargo, está la contradicción, la posibilidad o potencialidad para ser “no x” e incluso todo lo contrario a ello, lo que nos llevaría a casos hipotéticos como el de un cambio radical de vida, la lucha contra formas sociales que en un momento se experimentaron como las adecuadas e incluso naturales, la posibilidad de modificar las condiciones de un momento por otras que representen todo lo contrario.

Una vez sentada esta base, no podemos, sin embargo, quedarnos hasta aquí. Sea cual sea el concepto de identidad que trabajemos, Rojo nos señala la necesidad de entenderlo en función de tres categorías que se necesitan las unas a las otras: 1) lo singular, plano del sujeto entendido individualmente y de aquello que es lo que lo hace ser diferente de los demás individuos, donde “la identidad de ese sujeto es la que él tiene porque se conduce relativamente a un algo que es, o que el y/o los demás dan por contado que es, lo que lo hace único e inalienable (35); 2) lo particular, donde hablamos de grupos de sujetos, tales como familia, iglesia, partido político, inclusive la nación y 3) lo general: concepto de lo humano en tanto humano. De estos tres niveles, los dos primeros forman una dialéctica necesaria para la conformación de la identidad individual. El sujeto (y su identidad) no está solo en el mundo, sino que se identifica y pertenece a entidades mayores; forma su identidad en función a esta misma pertenencia. Veamos lo que nos dice Rojo: “yo soy el que soy porque más allá de mí mismo, de ese que soy o pretendo ser como un individuo que es diferente de otros individuos, me muestro fiel o a la naturaleza o a los ideales, esto es, a las creencias, a los valores o disvalores y aun a los gustos y disgustos, de un cierto grupo de gente” (41). Y Hall, en igual sintonía: “el sujeto se forma en la interacción entre el yo y la sociedad” (2).

Con lo dicho anteriormente pueden generarse múltiples diálogos claves para el análisis de los próximos textos. Es así como optaremos por valorar la visión dialéctica y relacionar la tensión que se presenta en el plano personal y el particular. Hablamos, siguiendo a Hall, de cómo el sujeto interactúa con la sociedad, cómo los personajes de los cuentos están ubicados y buscan reposicionarse en su constante trato con grupos humanos a los que pertenecen o de los cuales desean formar parte. Desde una relación amorosa, como en “El amorcito”, hasta el cuidado de los otros en “Notas de un simulador”, lo que iremos presenciando es la siempre difícil constitución de sujetos e identidades, la negociación de grupos e individuos, de personalidades, que, no obstante haber llegado a un estado de cosas (el rasgo positivo de la identidad) tientan el límite: tanteando su mutabilidad aspiran a la modificación de lo contingente.

No podemos, sin embargo, debido a los fines del trabajo y por su relevancia cuando lo que deseamos es pensar un fenómeno anticolonialista como la revolución cubana, que solo conseguiría sus objetivos conformándose realmente como anticolonial, es decir,

redefiniéndose como una nación distinta, independiente y libre, dejar de lado este último concepto.

Hablar de nación supone entrar en una materia notablemente compleja. Los procelosos caminos de múltiples teorías hacen de ella en el presente un término que carga con otros como homogeneización, control, poder, desigualdad, totalización y totalitarismo. Visión más negativa, que llega en ocasiones al extremo de su rechazo total y la búsqueda de y la adhesión a cualquier otra alternativa (véase globalización, mejor dicho, norteamericanización) la cual debemos reconsiderar y repensar en función de la particularidad histórica que estamos trabajando, es decir, el significado y la potencialidad que tuvo lo nacional en un contexto de luchas de liberación nacional. Esto, sin embargo, sin dejar de lado su pasado, no siempre muy loable, y su realidad en el presente: la materialización de la posibilidad nacional en una realidad que pudo tener, por el contrario, mucho de imposibilitante y coartante.

Si hablamos de su pasado (previo a la Revolución de Cuba) el resultado, en Latinoamérica, es de dulce y agraz. Una vez conseguidas las independencias tocaba el deber de encontrar una personalidad nacional propia que nos diferenciase de nuestros pasados coloniales y nuestros amigos y enemigos extranjeros. Esto no supuso la entrada al concierto de la toma de decisiones de todos los habitantes de la nación, sino más bien “para algunos autores sociales –los menos-, esta experiencia cobró la forma de un proyecto, mientras que para otros –los más-, se trató más bien de una ruptura impuesta en contra de su voluntad” (Pinto 2). De esto hay testimonios, y muchos. La revisión de los intelectuales de la época evidencia, sin demasiado esfuerzo de búsqueda, esa práctica de construcción nacional “desde arriba”, a partir de una elite. Claramente esto tendrá sus consecuencias. Una construcción así no podrá dejar de ser la encarnación en un plano más general de la visión de una clase, del concepto de lo que debía ser una nación y como debía funcionar esta (homologando estado y nación por ahora) para una clase (con sus disidencias internas, claro) que inequívocamente pasará por alto las necesidades y demandas de las otras:

La experiencia del estado tuvo más de imposición que de significación, mucho más de despotismo que de ciudadanía. Lejos de convertirse en un conductor o un facilitador del acceso a la modernidad, el Estado liberal, terminó siendo, desde la perspectiva subalterna, el “gendarme que allanó” (Pinto 14)

Pensar estado y nación como entidades iguales, como dos términos distintos que refieren a lo mismo significaría un apresuramiento metodológico que no haría otra cosa que conducirnos al atolladero de la demonización de lo nacional. Cuando hablamos de Estado, y esto siguiendo a Zygmunt Bauman, entendemos una determinada institucionalidad que se encarna en variados mecanismos dentro de un territorio determinado. Escuela, ejército, ministerios, programas culturales, etc. Nación, por su parte, como ya dijo Anderson en su momento, es una “comunidad imaginada”, la cual, hecho innegable, depende mucho de lo estatal y de sus aparatos en tanto mecanismos que extienden códigos, costumbres, tradiciones, propias de una identidad nacional. Lo estatal, a su vez, no es independiente de lo nacional. Nadie adhiere, democráticamente al menos, a un grupo de sujetos que se erogan el poder así sin más y espontáneamente: es necesario que aquellos adherentes supongan que estos en el poder los están representando, que comparten un código o una identidad común que permita suponer o creer que lo que desean es lo mejor para todos, para la nación, y no solamente para ellos mismos. Y esto porque si bien el estado-nación moderno, como señala Grinor Rojo en base a Renan y Habermas, se diferencia de las anteriores encarnaciones políticas por la contractualidad del vínculo entre los habitantes, este consenso grupal no dejó jamás de asentarse en el uso (y abuso) del imaginario nacional en tanto mecanismo de legitimación.

Ahora bien, la nación, en tanto “comunidad imaginada”, en tanto particular del cual formamos parte y forma parte de nosotros, formándolo y formándonos sin detención, supera la homogeneización y el control para encarnar la construcción de un “nosotros”. Entendida no como una entidad fija, sino sujeta a cambio y apropiación de significados, necesaria para la vitalidad de la cultura, su creación y recreación, posible de negatividad, lo que en un momento viene de arriba y se nos impone, puede ser trastocado, llegar a ser vínculo democrático, igualdad y liberación, solidaridad y compañerismo (Rojo, et *al. Postcolonialidad y nación* 34); está esa variante y es ella a la que apelaba la revolución socialista. Veamos estas palabras de Martí, puesto que nos lo ilustra de manera inmejorable:

¡De todos los cubanos; ¡Yo no sé qué misterio de ternura tiene esta dulcísima palabra, ni qué sabor tan puro sobre la palabra misma de hombre, que es ya tan bella, que si se la pronuncia como se debe, parece que es el aire como nimbo de oro, y es trono o cumbre de monte la naturaleza! Se dice cubano, y

una dulzura como de suave hermandad se esparce por nuestras entrañas, y se abre sola la caja de nuestros ahorros, y nos apretamos para hacer un puesto más en la mesa, y echa las alas el corazón enamorado para amparar al que nació en la misma tierra que nosotros, aunque el pecado lo trastorne, o la ignorancia lo extravíe, o la ira lo enfurezca, o lo ensangrienta el crimen (Martí, citado en Rojo, et al. *Postcolonialidad y nación* 35)

A su vez, estas palabras, provenientes de la “Segunda Declaración de la Habana”, que suponen el cambio y la modificación del concepto de estado-nación de raigambre oligárquico-burguesa de la que nos hablaba Pinto:

Con esta humanidad trabajadora, con estos explotados infrahumanos, paupérrimos, manejados por los métodos de fuste y mayoral, no se ha contado o se ha contado poco ... Ahora esta masa anónima, esta América de color, sombría, taciturna, que canta en todo el continente con una misma tristeza y desengaño, ahora esta masa es la que empieza a entrar definitivamente en su propia historia, la empieza a escribir con su sangre, la empieza a sufrir y a morir. Porque ahora, por los campos y las montañas de América, por las faldas de sus sierras, por sus llanuras y sus selvas, entre la soledad, o en el tráfico de las ciudades, o en las costas de los grandes océanos y ríos, se empieza a estremecer este mundo lleno de razones, con los puños calientes de deseos de morir por lo suyo, de conquistar sus derechos de casi 500 años burlados por unos y por otros. Ahora, sí, la historia tendrá que contar con los pobres de América, con los explotados, con los vilipendiados de América Latina, que han decidido empezar a escribir ellos mismos, para siempre, su historia (Castro 18).

Para concluir, una observación. Si bien esta cita habla en clave latinoamericanista y no precisamente nacional, el proyecto se movía como una eclosión revolucionaria simultánea. La nación que se liberaba de su yugo colonial o neocolonial, no estaba sola sino junto a otras naciones que, en el mismo estado de cosas y con el mismo impulso de liberación, consecuencia de las incongruencias del capitalismo, luchaban por su independencia, política, cultural y económica. De esta manera, se conseguiría un empoderamiento a nivel generalizado, ya sea continental, como lo expresa la cita, o mundial.

A. Espacio social y narrativo

Es menester presentar una división en lo relativo a espacio social y espacio literario. Antes de profundizar en cada uno de ellos, destacaremos que lo que refiere a “espacio literario” es la formación espacial que se presenta dentro de los textos narrativos; este espacio que se juega en el plano de la representación, puede ser comprendido como la construcción de un espacio social, con todos sus conflictos, sus agentes que aparecen operando a nivel del relato. Este distingo que parece confuso a primera vista se clarificará cuando tratemos cada uno de los conceptos.

Henri Lefebvre destaca el hecho de que el concepto de espacio se utiliza para múltiples disciplinas con múltiples funciones. Unos espacios refieren a lo mental, espacio psicológico; otros a lo físico, materialidad; por último se habla de espacio social, todo siempre de manera asaz difusa. Como opción de clarificación el autor manejará el concepto de “espacio social” como síntesis de los tres y lo caracterizará (a qué refiere realmente) y presentará una división de él.

Primero que todo nos dirá que “el espacio (social) es un producto (social). De esta premisa se desprenden múltiples consecuencias, pero la que nos parece más importantes en función del trabajo a realizar, es la siguiente: “Cada sociedad (en consecuencia, cada modo de producción con las diversidades que engloba, las sociedades particulares donde se reconoce el concepto general) produce un espacio, su espacio” (Lefebvre 90). Esto significa, 1) la primacía de lo material, de las condiciones de reproducción y producción para el espacio: la interpretación de este junto con la conformación de él no debe ser entendido de manera universal: cada espacio está en función de circunstancias particulares, una economía capitalista, por ejemplo, con un rol de la mujer definido de manera desigualitaria en relación al hombre, con un manejo urbanístico que perpetúa la diferencia de clases, etc. será diferente a otro espacio de carácter medieval apegado y dependiente íntimamente de la religiosidad. Junto con lo ya dicho, 2) la cita anterior utiliza el concepto de “producir” espacio, lo cual será central en el planteamiento del autor. Este producir no debe ser comprendido como si se hiciera una cosa y el resultado se nos entregase en las manos, tampoco como algo que nunca llega a estar listo, un inacabable proceso, puesto que:

el pasado ha dejado sus huellas, sus inscripciones: la escritura del tiempo. Pero el espacio siempre es, hoy como ayer, un espacio presente, dado como un todo

inmediato, con sus vínculos y conexiones en la actualidad. De tal suerte que la producción y el producto se presentan como dos aspectos inseparables y no como dos representaciones disociables (Lefebvre 96).

Este constante proceso de producción que es a la vez un producto ya establecido se complejiza cuando observamos las divisiones del espacio social, las distintas maneras de experimentarlo y sus respectivos actores. Es aquí donde entran en juego los conceptos de 1) práctica espacial, es decir, aquella que “secreta su espacio; lo postula y lo supone en una interacción dialéctica; lo produce lenta y serenamente dominándolo y apropiándose de él” (Lefebvre 97) y que refiere al plano de lo percibido; 2) Representación del espacio, “es decir, el espacio concebido, el espacio de los científicos, planificadores, urbanistas, tecnócratas fragmentadores, ingenieros sociales y hasta de cierto tipo de artistas... Es el espacio dominante en cualquier sociedad (Lefebvre 97) y 3) “espacios de representación, es decir, el espacio vivido a través de las imágenes y los símbolos que lo acompañan ... el espacio de los “habitantes”, de los “usuarios”... se trata del espacio dominado, esto es, pasivamente experimentado, que la imaginación desea modificar y tomar. Recubre el espacio físico utilizando simbólicamente sus objetos” (Lefebvre 98).

Lo planteado anteriormente es complejizado por Lefebvre aún más cuando caracteriza en profundidad cada uno de estos niveles y los dialectiza. Con fines de funcionalidad los conceptos con los que trabajaremos serán los de “Representación del espacio” y “Espacios de representación”. Aquí es donde se presentan luchas ideológicas a nivel espacial que es necesario destacar y tener en claro para la realización de los análisis de los cuentos. La “Representación del espacio” es el del saber, del conocimiento científico y a la vez de la ideología en sentido peyorativo, habladuría y charlatanismo. Es también lo que se impone como hegemónico e influye directamente en la vida de los sujetos en tanto concepciones de lo corporal, funciones que debemos cumplir en el seno de la sociedad, etc. El “espacio de representación”, por su parte, no tiene la misma implicancia fáctica en la materialidad, sino más bien son proyecciones imaginarias: es la familia, los amigos, las experiencias de vida en el espacio con sus simbolismos e interpretaciones. Estos niveles no son rígidos y puede suceder que se modifiquen unos a otros, asimismo, es posible que en ambos niveles, el de lo concebido y lo vivido, exista un código similar, una lógica en consonancia, o, por el contrario, que la vivencia espacial de un sujeto esté en constante tensión con la planificación que se ha

llevado a cabo en el nivel de la “representación del espacio”. Un escritor que solo describe, por ejemplo, está en el plano del “espacio de representación”, sin embargo, puede también irrumpir en el de la “representación del espacio” en el momento en que pasa a la negatividad (Marcuse) o a la proyección, invención de mundos nuevos, por medio de sus trabajos (Reyes); los cuales pondrían en entre dicho los saberes o ideologías que funcionan de sustento a la lógica dominante.

Sea solo descripción o una manifestación contra hegemónica, por otra parte, y como señala María Teresa Zubiarre, el espacio a nivel literario “no se reduce a una categoría abstracta sino que viene necesariamente teñido de emoción de tal forma que no puede en ningún caso renunciar a un componente evaluativo o temático, sujeto a intensas transformaciones históricas” (18), es decir, así como el espacio social corresponde a ciertas condiciones específicas, el espacio literario está determinado a su vez por el espacio social, por las condiciones espaciales en las cuales el escritor produce su trabajo.

Hasta el momento hemos llevado a cabo la apertura de diferentes rutas de análisis en función de las cuales debemos abocarnos por una conjugación que las articule como un todo compacto de vínculos estrechos y necesarios. En este sentido, Calvert Casey, sujeto migrante de un “entonces-allá” estadounidense y un “aquí-ahora” cubano está situado en una determinada historia. Un “entonces-allá capitalista, el gendarme del capitalismo de gran parte del siglo XX, y un aquí-ahora comunista, la Cuba revolucionaria con su simbología en tanto mundo nuevo y sus esperanzas de futuro prometedor². A su vez, este Calvert Casey migrante, con las discontinuidades y defectividades propias de esta condición, es productor de una literatura que, como comprobaremos en los siguientes capítulos dedicados al análisis textual, funciona como tentativas de reajuste que negativizan la realidad (en este respecto, la negativización es dialéctica, tanto de Estados Unidos como de Cuba) y aspiran a proyectar mundos nuevos, buscan la posibilidad de alternativas otras, de nuevas configuraciones del espacio social. Siguiendo esta línea, las categorías de sujeto, con su respectiva identidad que es y a la vez puede llegar a ser todo lo contrario, y los niveles de singular, particular y general, son claves de tener constantemente en consideración si bien no los nombremos explícitamente. En definitiva, estos son parte y están dentro del espacio social, lo forman y

² Debemos tener también en cuenta su exilio de Cuba y su estadía, siempre en movimiento, en Roma.

lo transforman, o, en términos de Lefebvre, lo producen y lo reproducen. A continuación, en el análisis, todas estas entradas estarán tensionando el texto. Aspiramos a que nuestra lupa sea lo suficientemente aguda y nuestra prosa lo necesariamente clara para que el lector vaya junto a nosotros desde Cuba a Estados Unidos, desde Estados Unidos a Cuba. Consiguiendo pasar por el exilio en Roma, introducirnos en el espacio social de los cuentos y sus otros escritos, para, una vez hecho el recorrido, volver a mirar la nación, sus espacios, su simbología y errores, con una perspectiva, quizás, más profunda y contradictoria.

V. Tentativas de escritura: desajuste y reajuste

Que el espacio está desajustado resulta ser la impresión inmediata de lectura de los textos que trabajaremos a continuación. Las manifestaciones de esta condición son distintas y a las vez muy similares en tanto que teniendo detalles que las diferencian, mantienen una lógica subyacente que es la de la soledad, fragmentación, exclusión, atomización, etc. Ahora bien, el espacio social, como ya hemos visto con Lefebvre, no es solo lo material, sino que también entraña, dialécticamente, la mente y el cuerpo de los sujetos que son en el espacio y son parte del espacio. Hemos podido observar que el foco en el sujeto, su comportamiento y su lógica, su relación con los grupos que se representan en los cuentos, nos entregaba una matización en lo que respecta a los intentos de reajuste que permitía (y exigía) una división de los análisis. Haber pretendido la construcción de un solo capítulo que diese cuenta de la totalidad de los cambios en las tentativas de reajuste, sus resultados, trabas y consecuencias, era muy ambicioso y contraproducente. Un método que se convertía en óbice para su propio desarrollo.

Así las cosas, a continuación la tarea será enfrentada en base a una división en tres partes. En primer lugar se llevará a cabo el análisis de los cuentos “Notas de un simulador” y “El amorcito”. En ellos se podrá observar que el espacio no varía mayormente con los cuentos pertenecientes al segundo apartado. La clave, como ya señalamos, está en los sujetos. Estos primeros relatos encarnan tentativas que se mantienen en una lógica utilitaria, consecuencia del espacio y a la vez causante, en gran medida, de su permanencia. La segunda parte del análisis centrará su foco en los cuentos “El regreso” y “Adiós y gracias por todo”, donde la conciencia en que la relación con los otros es requisito necesario para un cambio en las condiciones espaciales se hace patente en los protagonistas: sea por medio de la fantasía o a través de un viaje al país natal, la relación humana adquiere el carácter de fin en sí y ya no como en el apartado anterior, donde jugaba el papel de medio para objetivos egoístas. Por último, en la tercera parte, haremos el análisis del fragmento de la novela inacabada “Gianni Gianni” “Piazza Margana”. Aquí las condiciones de producción son ya muy diferentes. La conciencia espacial también ha cambiado de manera drástica. Su desarrollo en un apartado independiente, siendo parte, sin embargo de nuestra tesis, es resultado de la observación de que estamos ante una producción que inicia un gesto de desmarque pero que mantiene todavía otros elementos preponderantes para nuestra lectura.

A. Todo lo que sucede me destruye, pero todo sigue yendo bien. Las cárceles del espacio.

Argumentalmente, la novela corta “Notas de un simulador” trata la historia de un individuo que, empeñado en investigar y contemplar el momento previo a la muerte de cuanta persona extraña o conocida vaya encontrando en sus recorridos por la ciudad, visitas a hospitales, departamentos o casas, termina siendo acusado de asesinato y enviado a la cárcel por ello. El relato se construye desde su propia voz, como el testimonio de un encarcelado que pretende contarnos “cómo fueron realmente los hechos”. Su interés, sin embargo, no es el de esgrimir una defensa que lo libre de toda culpa, sino más bien dejar en claro que “debajo de la verdad que revelan las apariencias hay otra verdad más profunda que es preciso que se conozca” (Casey 227).

Esta verdad más profunda supone que se comprenda y se deje de lado una confusión que el narrador describe “entre el fin y los medios”. No es el asesinato lo que lo motiva, como la opinión pública cree, es más, no lo llevó a cabo nunca con nadie; tampoco es la muerte ni el gusto por ella lo que lo obsesiona: “es la vida, el humilde y grandioso bien, siempre amenazado, siempre perdido. Me intriga el momento en que se extingue para siempre; aún no he podido explicármelo, está más allá de mi comprensión” (Casey 228).

Para desentrañar esta intriga que lo obsesiona, el protagonista desarrolla un complejo sistema de observación de enfermos. Lo que prima en el método es la precisión de atrapar cada detalle en el moribundo, de mantener la atención inquebrantable en sus gestos, la fijeza de sus ojos y luego su meridiana lucidez. Mezcla de estética y ciencia, hay placer por el instante previo a morir:

los instantes preciosos en que la vida vuelve. Una expresión de lucidez, débil en un primer momento, más acentuada a medida que transcurren los instantes, aparece cuando se han disipado los últimos vestigios de fijeza ... Los ojos abandonan su punto de transitorio reposo, con una expresión en que la lucidez se ha intensificado de modo indecible (217)

Pero como anteriormente hemos dicho, esto se trata de un método que busca ser llevado hasta sus límites. No se queda en el placer expresado en la cita previa. El placer corresponde a un largo recorrido de perfeccionismo, riguroso trabajo, en el cual destacan dos fases: la primera es la de formar lazos íntimos o al menos confiables con el enfermo, lo cual

permita la libertad para mantenerlo bajo observación constante; la segunda remite a la propia observación, recurrentes pruebas y errores que lo han llevado a la maestría en el proceso. De manera para nada inocente, tenemos la descripción del uso de la bujía (el cual compara con el uso del espejo) con uno de los enfermos, y el acento que coloca en los términos “precisión”, “exactitud”, “método”, etc.: “La llama de la bujía permite la exactitud de comprobación que ningún otro método puede superar ... la llama da las señales con gran precisión ... Mientras la vida persista, la sensible llama, a la que tanta exactitud debo agradecer, mi más delicado instrumento de precisión ... ella permite determinar el momento de tránsito, el más elusivo, que sigue al último y máspreciado de todos, vigilar su avance, sus paradas, la reanudación del avance” (191).

En lo que respecta a la necesidad de establecer vínculos íntimos, nos entrega las siguientes palabras con respecto al método de acercamiento en base a la venta de quincalla en los hospitales: “pero además de despertar poco interés, la quincalla solo permitía relaciones muy superficiales” (207) y luego: “lo que yo proponía como pretexto para observar de cerca el final de aquellas vidas era fresco y nuevo ... No lograba la confianza de mis vacilantes clientes” (207) .

Si ampliamos el panorama y queremos centrar nuestra atención en las relaciones interpersonales que se mantienen ajenas a su afán investigativo, nos encontramos que no existen. El sujeto (protagonista) se encuentra en un ambiente donde dice tener (o haber tenido) amistades a las que ha ido abandonando en función de sus nuevas ocupaciones, hasta quedar solo. Esto no es del todo preciso: el cuento nos muestra al sujeto visitando a un amigo del pasado y a unos tíos que espera estén prontos a morir. Lo que sucede realmente es que el interés por ellos está cruzado por su afán de utilizarlos para satisfacer sus necesidades. Todo intento de vínculo, sea con extraños o con antiguos conocidos, opera bajo el imperativo de que estén enfermos; luego se desprende el procedimiento de cuidarlos, mimarlos (necesario tenerlos bien atendidos para que la muerte no advenga accidentalmente y no se corra el riesgo de perder elpreciado instante), y observarlos.

Junto con eso, y en base a Lefebvre, el relato nos entrega la “representación del espacio” como hostil y en clara decadencia. Como anteriormente hemos expuesto, este concepto refiere a la teorización y prácticas espaciales de carácter hegemónicos, lo que se establece como lógica generalizada tanto a nivel material como en los comportamientos. En

el cuento, la mayoría de las acciones ocurren en lugares públicos o lugares de alta aglomeración, siendo un parque el foco principal. De aquí no se desprende nada más que la degradación de vagabundos que poco a poco van mermando en su salud. A su vez, como hemos visto, el protagonista se mantiene aislado; frecuenta estos lugares, pero, a pesar de sus intentos por granjearse el aprecio de los otros por medio de la donación de ropas, no deja de ser un extraño. A su vez, la presencia ubicua de sus intereses obsesivos, su marcado utilitarismo, no suprime del todo la sensación de malestar, el dolor de la irreductible atomización;

Lo primero que hice la mañana siguiente cuando me levanté fue llamar a casa de Jacobo a un teléfono público.

- Jacobo está perfectamente.- Noté un acento de triunfo en la voz que me respondía. Era Lucrecia- Ha mejorado mucho, el médico está asombrado.

- Menos mal

La conversación se prolongó trabajosamente unos minutos más. Estaba desolado; realmente no sabía que decir.

- Cuídate, no te conviene preocuparte tanto.

- Tienes razón.

- En cuanto pueda saldremos de la ciudad. La casa lo pone mal.

- Me alegro

Y luego la estocada a fondo:

- Vete a un cine.

Adiós. –Colgué (196)

La cita anterior nos muestra una conversación por teléfono entre el protagonista y la mujer de Jacobo (el amigo enfermo), Lucrecia. La llamada surge del interés que tiene el primero por el desarrollo del estado de salud del segundo. Esta preocupación no es del todo inocente: desea hacerse cargo de su tratamiento para así mantener bajo observación el proceso de decadencia. Más que esto, sin embargo, a lo que debemos prestar total atención es a la respuesta de Lucrecia. Lo que el protagonista denomina como “la estocada a fondo”, que vaya al cine, es un consejo que le está queriendo decir que busque algo en qué entretenerse, en que gastar su tiempo, y que los deje tranquilos. Luego de cerrar la llamada,

el protagonista agregará: “Pensé en el largo día que transcurriría inútilmente, sin pretexto, viéndome vagar por la ciudad, sin nadie a quién hablar” (196)

La cuestión a la que nos enfrentamos en este caso sería la siguiente: tenemos una “representación del espacio” que, como hemos señalado, está marcada por la decadencia, la enfermedad, la soledad. Los personajes, junto con ellos el protagonista, experimentan este espacio, lo viven de manera tal que pareciera que no se percatan mayormente de la lógica funesta en la que se encuentran. Sin embargo, y como se observa en la cita, está patente el malestar, la desesperación del día a día que transcurre en soledad y sin nada que hacer. El protagonista, en este caso, es consciente de su dolor y sabe a su vez de dónde proviene: soledad. Su respuesta a este estado de cosas, no logra, empero, generar una ruptura con la “representación del espacio”. Anteriormente definimos “espacio de representación” como el nivel de lo vivido, lo imaginado, la afectividad de los sujetos en círculos como la familia o los amigos. Puede ser que esta vivencia no sea armónica con la “representación del espacio” como puede que sí lo sea. En este caso, ambos niveles están en consonancia.

Todo intento de estrechar vínculo, todo interés por el otro la novela nos lo representa mediado por el utilitarismo. “Me intereso por un enfermo, lo cuido, pero realmente lo hago porque es un medio para seguir con mi excéntrica investigación”. Esto podría no ser un problema real siempre y cuando los personajes no se resintieran por esta lógica. El caso es completamente el contrario: ubicados en un espacio social que se derrumba y se muere, en un espacio interior signado por la tensión y la desesperanza, “Notas de un simulador” denuncia la necesidad de un cambio.

Para que esto ocurra, empero, para que la modificación advenga, se requiere de un cambio de tornas. Los sujetos sufrientes, desesperados, abatidos, no pueden modificar el espacio social si persisten en la misma lógica, interiorizada, naturalizada, del espacio social. Todo acto llevado a cabo no supondría para nada “aires nuevos”, sino muy por el contrario, sería desencadenante del desarrollo de lo anteriormente instaurado hasta sus últimas consecuencias. El paso es el de la lógica utilitaria a la del deseo de dominar al otro. Anteriormente, en la cita presentada donde se hablaba del método de la bujía, junto a los términos que referían a la exactitud, se repetía el de vigilancia. Esto puede ser visto meramente como una expresión más que no implica la necesidad de vínculo con una teorización sobre la práctica del poder y la estratificación de unos sobre otros: el dominio del

hombre sobre el hombre. Sin embargo, el texto insiste y en este caso asistimos a la asunción del hombre nuevo, deformado; sujeto ya no solo egoísta y utilitario, sino celoso, posesivo, brutalmente inhumano:

“No me perdí uno solo de sus movimientos, de los angustiosos cambios de postura, de la variación de los colores de su piel. Me pareció inútil llamar a nadie. Si había logrado, aunque fuera por un mero juego de azar, prolongar su vida más allá de lo que hubiera podido hacerlo, reavivar su interés, ¿a qué dejar que otros vinieran a estropear nuestros últimos instantes juntos? ... ¿Acaso esos momentos no me pertenecían? Abandonando a los demás, había podido concentrarme en él casi exclusivamente. Más que en ningún otro momento, junto a su lecho de dolor, me sentí dueño de la vida y la muerte”
(211)

Anteriormente hemos dicho deformado, ahora lo remarcamos. ¿Existe una tentativa de reajuste en este relato? Posiblemente no. Esta, como ya dijimos, se trunca desde el comienzo. El establecimiento de la intimidad, de relaciones interpersonales que superen la atomización, se deforma por el utilitarismo. Esta primera deformación desencadena otras. Poco a poco los demás individuos de la ciudad dejan de ser percibidos por sus cualidades y pasan a ser vistos por su potencial de objetos. Finalmente, el respeto a su vida es nulo; primero se les dejaba morir como algo inevitable, no obstante los cuidados que se le dispensaron; ahora, por el contrario, despojados de su sustancia, el protagonista ya no mantiene su rito anterior: trabaja por la muerte del otro y a través de ella, llega a sentirse dueño de sus últimos momentos y de su persona. El método de observación del que nos hablaba desemboca en un complejo sistema de posesión y subyugación. Esto, política y socialmente, es de una alta provocatividad: situado en su contexto, es decir, ubicado en el ambiente de “Palabras a los intelectuales” de Fidel Castro, el de “dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada” y “¿Cuáles son los derechos de los escritores y de los artistas, revolucionarios o no revolucionarios? Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, ningún derecho”, que, si bien decía aceptar a intelectuales y artistas “no revolucionarios” establecía un límite difuso entre lo que atentaba con el nuevo Gobierno y lo que podía ser permitido en aras de la libertad, una narración que remite a verticalidades nefastas que llaman al recuerdo de otras como lo son Auschwitz, los sistemas de esclavitud

y colonización, de racialización, etc. evidentemente tienta el linde que distingue al intelectual no revolucionario del contra revolucionario. Y es que, en última instancia, el esquema es similar, las cantidades distintas: es la representación de la veta de las grandes represiones y destrucciones de los últimos siglos lo que tenemos en “Notas de un simulador”. Al nivel de la narración, por su parte, supone la crisis del espacio social, donde la relación entre sujetos es *conditio sine qua non* para su existencia y su modificación; asistimos, ergo, a la negación simbólica de esta categoría, a su momificación en una configuración destructiva. Reiteramos, esto, visto en lo social, es como una pequeña bomba en la oficialidad discursiva: la desarticulación de la simbología del hombre nuevo.

Argumentalmente “El amorcito” nos cuenta la historia de un sujeto que yendo a pasear a un parque conoce a dos mujeres, enamorándose de una de ellas. A medida que avanzan las páginas, la narración, articulada en formato de notas que va produciendo el mismo protagonista, nos muestra cómo acude día tras día para reencontrarse con la mujer. Lo que en un inicio pareciera ser una posible relación que perdurará, acaba con una separación inexplicable: ella deja de asistir al lugar, mientras que él, cada momento más obsesionado, se convierte en un vagabundo que teme dejar el parque ante la posibilidad de que vuelva a aparecer.

Desde las primeras palabras del relato nos encontramos con una relación distante entre el protagonista y el resto de los ciudadanos. En este caso, es el conocimiento que él posee sobre múltiples estatuas y lugares de la ciudad, con referencias de históricas, lo que lo distancia de los otros, puesto que “nadie sabe nada”

Anoche estuve largo rato en el parque de los filósofos. Nadie sabe que ese parque donde está Luz Caballero meditando frente a la Avenida Del Puerto con el codo apoyado en una rodilla, del lado de allá un busto de Saco y del lado de acá uno del Padre, es el Parque de los Filósofos. Como nadie sabe que el parque donde está el anfiteatro se llama, o debe llamarse, el Parque Griego, porque hay senderos para meditar y estatuas. Una se cayó o la levantaron, porque no está. Quedó solo el pedestal vacío, pero me gusta mucho así. Nadie sabe eso, porque en el fondo nadie sabe nada. Como tampoco saben que detrás del parque hubo un paseo que se llamó La Cortina de Valdés, ni que la casa

de ojivas albergó a una congregación hace un siglo. Pero es lógico que no lo sepan, porque como dije antes nadie sabe nada (58)

Estas palabras no deben pasar sin que se les cobre su respectiva relevancia. A nivel espacial, la última frase traza una barrera infranqueable entre el sujeto concedor y todos los otros que no saben nada. Esta barrera, se vuelve más espesa, más pesada, puesto que supone no solo la diferencia, sino la desvalorización del otro. Es, a su vez, y desde otra perspectiva, una denuncia con respecto al estado de cosas de una determinada sociedad y por ende de un determinado espacio social, donde el conocimiento es irrelevante.

Visto esto último, lo primero que nos es posible colegir es que “representación del espacio” y “espacio de representación” están en disputa, es decir, que la práctica espacial hegemónica, la de la mayoría, en este caso, de la totalidad que habita el espacio enajenada de sus simbolismos históricos es antitética al “espacio de representación del protagonista”, quien, por medio de una suerte de elevación intelectual, declara su disidencia. El espacio, sin embargo, es un todo muy complejo y muy profundo que se vive en distintos niveles y su rechazo siempre corre el peligro de ser superficial a una lógica subyacente que se mantiene inalterada. En este caso, el análisis se juega en la presteza que tengamos para observar e interpretar los momentos en que el protagonista se refiere a o se relaciona con otros personajes.

En el caso de vínculo con Ester, este se manifiesta de manera contradictoria; por un lado tiene todas las señas de un común enamoramiento: “Qué linda es, Dios mío. Anoche pude contemplarla a mi gusto en la “cafetería”. Al fin de me dejó invitarla al café” (63); por el otro, se ve marcado por la necesidad y la duda, y rodeado por un hálito de misterio: “Menos mal que Ester vino anoche. Se apareció sola. En realidad no quería que viniera. Uno se pone a darle importancia a estas cosas y luego adquieren más de la que tienen”, y agrega: “Ester estuvo poco rato. Sospecho que viene contra la voluntad de alguien. No a otra cosa puede obedecer su reticencia” (64).

De estas citas anteriores debemos destacar varias cosas. Primero que todo, es la tensión que se establece entre las ansias de encontrarla y el temor a “darle demasiada importancia a estas cosas”. En segundo lugar está el pensamiento de que si ella está rara es por causa de una tercera persona la cual le está impidiendo asistir. Es singular que el protagonista encuentra como respuesta a la reticencia de Ester la alternativa menos probable,

una suerte de prohibición misteriosa, venida de un sujeto anónimo y desconocido, y no se detenga a sopesar la posibilidad de que su actitud nazca más bien de la propia relación interpersonal que han establecido. Posteriormente, en la nota de un día domingo, ya casi terminado el cuento, se nos describe lo que pareciera ser un “mal entendido” entre ambos y que bien podría interpretarse como un intento de abuso sexual:

Una de las veces acercó la oreja para poder oírme. Se reía porque parece que le echaba aire en el oído cuando le hablaba y eso le causaba risa. Me rozaba la boca con la oreja ... Lo único que recuerdo es que la besé en el cuello y en la axila y que lo que sucedió después fue terrible. Creo que Ester se paró bruscamente porque me caí al suelo. LA gente esa que no tiene nada que hacer y está en todas partes comenzó a rodearnos. La oí gritar y decirme cosas terribles pero no puedo recordarlas (67).

Más que el hecho en sí, de lo que quiero llamar la atención es en el desajuste que cruza el trato entre ambos. Anteriormente era el comportamiento extraño de Ester, ahora es la insinuación sexual del protagonista; sumado a esto, está el acoso ininterrumpido. Desocupado, al parecer sin trabajo, con miedo a estar solo, el narrador día tras día llega al mismo parque y espera a que ella aparezca. Poco a poco pasamos de un encuentro fortuito de dos desconocidos a una dependencia enfermiza. Esto culmina con la degradación total del protagonista. Si en una ocasión jugó con la idea de ayudar a una vagabunda y concluyó no haciéndolo, finalmente termina compartiendo diarios con y siendo ayudado por ella: “Ester no ha venido, pero estoy seguro que vendrá. Lo malo es que venga a buscarme y no me encuentre, o que venga una noche muy tarde. El hambre no me deja pensar tranquilo. La vieja me dio algo de comer y unos periódicos para taparme” (69)

Como el cuento está construido desde la perspectiva del protagonista, lo que nos queda es su visión parcial de los hechos. La duda que se instala es hasta dónde lo que en el comienzo pareció interés mutuo fue así. Esta indeterminación es insoluble. Ahora bien, lo que sí podemos observar sin arriesgar sobreinterpretación es que, si lo relacionamos con el cuento anterior, existen constantes. Primero que todo, está la molestia ubicua que produce la soledad: “anoche estuve sentado en el lugar de costumbre. No esperaba nada, pero como eso es mejor que quedarme en casa, terminé por irme al lugar de siempre” (67). En segundo lugar, está la necesidad de hacer cualquier cosa menos mantenerse en ese estado de atomización en

el que se encuentra. Esta funciona como matriz para su comportamiento: desde el inicio hasta el final, el paseo al parque sin motivo y luego el amorcito, son respuestas a ello. Aquí está la tentativa de, por medio del amor, superar, modificar ese espacio donde además de que “nadie sepa nada”, yo, el protagonista, no obstante saber más que todos ellos, “no hago absolutamente nada”. Si el final del cuento nos muestra la culminación material de un proceso de degradación que pareciera ir progresando en cada una de las notas que se han escrito, podemos decir también que la degradación estuvo en su potencialidad desde el primer momento, desde las palabras que establecieron la distancia entre los que no sabían nada y el sujeto manejador de un saber elevado. A su vez, sin embargo, y como señala Lefebvre, los sujetos producen y reproducen su espacio en sus prácticas espaciales, es decir, que una degradación potencial se materialice supone un cambio, un nuevo producto que es la vez reproducción del espacio anterior pero llevado a un nivel nuevo. Estar en el espacio social pasa a ser estar en el vértigo, en el peligro, en una realidad que amenaza con destruirnos en cualquier momento.

En este sentido, me parece que aquí lo que juega, a nivel autorial, en última instancia, es una experiencia que en ocasiones llega a encarnarse narrativamente incluso de forma inconsciente. Casey declararía en una de sus muchas cartas su frustración por no poder hacer escritos que variasen de sujetos jodidos con vidas jodidas: posiblemente esto tenía gran conexión con su vida en tanto migrante y con lo jodido del estado de cosas individual y social. Anteriormente hemos sostenido que la crítica no se llevó a cabo de una forma directa y meridiana como sucedió en otros autores del momento (Arenas o Infante). Lo sostenemos. Su funcionamiento contradictorio, el cual, como otros intelectuales de la época, muestra la esperanza por un mundo nuevo pero que posteriormente encarna en trabajos que pueden ser vistos como contrarrevolucionarios, es el de un sentir y un experimentar negativo que, expresado en palabras simples, más allá o más acá de lo mucho que se estaba diciendo en la isla sobre cambios y modificaciones radicales, no dejó de ser muy similar al, o no dejó de cargar con demasiadas similitudes del pasado inmediato.

B. Y he decidido que voy a cambiar mi vida. Reajustes desajustados

A nivel argumental, “Adiós y gracias por todo” cuenta la historia de un sujeto que, cansado y avergonzado de su soledad, decide inventar a Marta. Desde aquí inicia lo que podríamos denominar como una historia de amor en toda regla, la imaginación sigue todos los pasos del romance; se conocen, empiezan a salir, van a tomar helados, pasean juntos y poco a poco su vínculo se va haciendo más cercano. Llegado a un punto de la historia, y sin aparente razón, se produce el alejamiento. Finalmente Marta aparece en la casa del protagonista junto a un acompañante, también imaginario, que, se da a entender, es su pareja. El cuento llega a su fin con la despedida: “La mano pequeña y cálida se apoyó en la mía y se detuvo en ella un instante. Vi la carne dorada de los brazos, la textura exquisita de la piel, los ojos profundos. –Adiós – me dijo- adiós, y gracias por todo” (43)

Lo primero que debemos destacar, y como ya lo hemos hecho en el apartado en que introducíamos el desarrollo del análisis textual, es el cambio en el tratamiento de la soledad. En los dos escritos anteriores los protagonistas no llegaban a relacionar su estado con esta variante; más bien la sentían existir, la sufrían, sin embargo, sus actos jamás eran pensados como una manera de resolverla. Por el contrario, Marta es inventada por el protagonista de “Adiós, y gracias por todo” precisamente por causa de la soledad y como respuesta a ella.

Veamos las siguientes citas:

Por las noches frecuento una biblioteca de La Habana Vieja. Y por no regresar temprano a mi casa y a mi insomnio me quedo hasta que cierren, a las once ... Yo nunca tengo apuro y siempre salgo del último. Me gustaría que cerraran más tarde; de ese modo podría quedarme un poco más y con eso acostarme pasada la medianoche y poder dormir, porque cuando regreso a casa, como no tengo con quién hablar, me acuesto y me desvelo” (34)

Y luego la solución:

Como estoy tan solo, y a veces me duelen la cara y los hombros y me doy cuenta de que es la soledad que me tiene encogido de vergüenza, he inventado a Marta. La he inventado a mi forma y antojo. Con mi pura imaginación, la he dotado de vida para de algún modo aliviar la soledad implacable” (33)

De estas palabras hay varias cuestiones que debemos ir observando. Lo primero es cómo se construye la vivencia del espacio, o, mejor dicho, el “espacio de representación”. El

protagonista nuevamente (así como en los dos cuentos anteriores) está solo. Ahora bien, ¿su experiencia de la soledad es similar, acaso, a la de “Notas de un simulador”, la “representación del espacio”, el espacio hegemónico y generalizado, es también de carácter atomizante, o es posible que estamos ante una discordancia entre ambos niveles? Esta pregunta será resuelta posteriormente. Otra cuestión que cabe destacar, es que su invención cuenta con dos condiciones: 1) inventada a su forma y antojo y 2) dotada de vida. Puede ser que estas cuestiones parezcan una perogrullada, pero tienen consecuencias que no lo son tanto. 1) la invención nacida a su forma y antojo, con sus comportamientos y decisiones, son decidoras de la identidad del propio inventor, de los deseos que anhela satisfacer. Vamos a ver si solamente busca paliar la soledad o su invención desemboca en algo diferente. 2) no estamos solamente ante lo que Freud postuló con respecto a la fantasía en el “Malestar de la cultura”. Más que una instancia de satisfacción paralela que permite sobrellevar una realidad frustrante (Freud 19), lo imaginado, en este caso, adquiere una materialidad mayor e invade la realidad. A su vez, que la invención esté dotada de vida no implica solamente la satisfacción de lo que podríamos denominar “el deseo de tener una relación amorosa”, es también cumplir con una necesidad más básica: el anhelo de establecer contacto con “alguien que esté dotado de vida”.

La tentativa de reajuste parece dar buenos resultados. Con la irrupción de una sola presencia pareciera ser que todo lo existente, todas las cosas, cambian su condición anterior: “Con su presencia o su ausencia Marta alteraba el sentido del tiempo y de las cosas ... Todo adquirió un sentido muy claro: antes de Marta y después de Marta” (38). La vivencia del espacio ha dado un gran giro, estamos *ad portas* de alcanzar la felicidad.

Caminamos un rato; luego la invité a tomar un helado –nunca tomo nada de noche- y me permitió que la acompañara hasta donde vive ... Me ofrecí para hacerle encargos, conseguirle libros, a duras penas logré que aceptara. Qué agradable encontrarnos los sábados en medio de la ciudad, cuando la calle hervía de gente, ir de compras y no comprar nada, darnos cita a la puerta de un cine y un momento antes de entrar decidir que no iríamos, caminar sin rumbo febrilmente, sentir la sangre arder (38)

Ahora bien, la cuestión que debemos enfrentar es si acaso el motivo de la soledad como causa de la invención de Marta agota la problemática. Hasta el momento, pareciera que

sí, mas el desenlace de la historia nos deja evidencias para llevar la lectura por otra senda. Hecha supuestamente de vida propia, su creación representa menos un ascenso continuo en la escala de felicidad que un esquema donde se alcanza cierto grado de dicha para luego volver a caer en lo más profundo de la desesperanza. Marta es una invención auto flagelante. Primero está el episodio donde es dejado plantado: Marta tiene vida propia e intimidad propia; Marta es un misterio ¿qué hará en sus tiempos libres?. Posteriormente, el viaje de Marta al campo:

No estaré aquí mañana- me anunció después que nos saludamos-. Nos vamos al campo y cuando venga tendré que descansar.

Me sentí anonadado.

-No puedo ir yo también?- Pregunté decididamente

- El viaje es largo

- Por lo menos estaremos juntos

Jamás me había atrevido a decirle tanto. Regresé hecho polvo (41)

Aquí encontramos que el protagonista declara abiertamente su deseo de mantenerse junto a ella, de viajar junto a ella. Si bien la respuesta de Marta no se nos entrega, la frase final “regresé hecho polvo” deja en claro que el resultado fue negativo. Marta es absolutamente independiente y al parecer no tiene el mismo interés que su enamorado. Volvamos a repetir la dicho previamente: no estamos frente a un paliativo para la soledad, un reajuste por medio del cual el espacio social alcance a y se mantenga en el estadio “después de Marta”, sino más bien, la fórmula trazada es como una suerte de boomerang, regresando al comienzo, a ese estado de cosas que lo llegaba a “encoger de vergüenza”. Empero, el espacio social no está ya solamente cruzado por la soledad: el protagonista se ha autoconstruido como un sujeto abandonado e inferior.

El acompañante de Marta era un muchacho joven, moreno, alto, de aspecto cordial – quizás demasiado cordial- inteligente y con una sonrisa expansiva que anunciaba una salud que casi ofendía ... Mientras preparaba el café, oí que hablaban suavemente y con pausas, como si continuaran una conversación iniciada mucho antes (41-42)

A raíz de esta cita, establezcamos la comparación entre un sujeto y otro. El protagonista: hombre avergonzado de sí mismo, decaído, encogido, totalmente solitario; la

nueva pareja de Marta: joven, alto, cordial, inteligente, sonriente y plétórico de salud. Así como la encarnación en vida de lo que todos queremos ser. Repetimos: todo esto funciona de manera auto flagelante. La fantasía amorosa que aspiraba ser la modificación del “espacio de representación” termina encarnando una artimaña que remarca el aislamiento. El extracto anterior nos muestra un detalle bastante particular al cual debemos prestarle plena importancia: mientras el protagonista prepara el café los otros dos personajes mantienen una conversación “iniciada desde mucho antes”. Esto no es para nada gratuito. Deja en clara la distancia insalvable que los separa. La conversación que tiene ya tiempo funciona como mecanismo para simbolizar una intimidad establecida de la cual no forma parte el protagonista y a la cual no logrará acceder. Ellos están en otra sintonía; él, por su parte, se auto ubica, se auto asigna el rol del conocido al cual le hacen una visita pasajera para luego marcharse y no volver más.

Anteriormente hemos dejado una pregunta planteada la cual nos comprometimos a responder después: “Ahora bien, ¿su experiencia de la soledad es similar, acaso, a la de “Notas de un simulador”, la “representación del espacio”, el espacio hegemónico y generalizado, es también de carácter atomizante, o es posible que estamos ante una discordancia entre ambos niveles?”

En base a la siguiente cita, podremos ir resolviendo el asunto:

Cuando llegué cerca de Monte, en la tarde tibia el invierno, el paseo alcanzaba todo su esplendor. A mi alrededor la gente se divertía; sobre una carroza iluminada bailaban muchachas, algunas atadas sobre plataformas altísimas, haciendo prodigios de equilibrio. El espectáculo era bellísimo ... El estruendo era terrible, pero por debajo o por encima de él, de la luz deslumbradora, de las parejas que pasaban riendo enlazadas por la cintura, adiviné una armonía profunda, una serenidad que me tranquilizaron. Por unos minutos logré olvidarme de Marta ... Sin saber por qué se me llenaron los ojos de lágrimas. Pensé que la dicha era posible (39)

Nos encontramos aquí con una escena que transcurre tras haber sido auto plantado por Marta. A pesar del dolor que este hecho le pudo causar, la angustia que llegó a sentir en su búsqueda por la muchedumbre, el encuentro con los otros en el carnaval, la celebración y contento que invade todo el espacio, permite al protagonista estar feliz. Su fantasía pasa a segundo plano: la vida, las relaciones interpersonales, la contemplación de las risas y alegrías

se muestran como una alternativa para modificar la experiencia individual del espacio. Hemos de destacar, sin embargo, que hablamos de una celebración y no del espacio social en su cotidianeidad, lo cual nos impide realizar el atrevimiento de extrapolarlo a ello. Lo que no tenemos vedado, sin embargo, y que hemos de productivizar, es la proyección de una alternativa. Dos cosas se podrán esgrimir para rebatirme: 1) el protagonista al final del cuento que se queda absolutamente solo, más desgraciado que nunca y 2) esto no es más que un pasaje del cuento, absolutamente pasajero. Ambas son ciertas, pero no sirven para clausurar la discusión. Lo que tenemos no es solamente una celebración más dentro de un cuento más: estamos frente a una muy específica, muy puntual y muy extraña representación de un espacio de bienestar y felicidad en los cuentos de Casey. Es la construcción de la posibilidad de romper con la lógica que hemos venido trabajando hasta el momento, la instancia insólita donde soledad y sufrimiento son conjurados para que podamos llegar a decir “pensé que la dicha era posible”.

A nivel argumental, “El regreso” nos cuenta la historia de un cubano que, viviendo en Estados Unidos, por motivo de la muerte de un familiar, asiste a un funeral en la isla. Tras esto, y de regreso en Estados Unidos y a su mala vida allí, toma la decisión de cambiar sus condiciones y regresar a Cuba, lugar donde había disfrutado profundamente en la anterior visita. Una vez allí, las cosas no duran mucho: es tomado detenido por una suerte de cuerpo policial que busca a un aparente terrorista, el cual acababa de intentar un atentado contra el dictador Fulgencio Batista. Finalmente, tras ser sometido a tortura, es tirado, sangrante, en la playa, donde termina siendo comido por lo cangrejos.

En lo que respecta a la caracterización del espacio social que el cuento nos entrega, hemos de destacar que debemos trabajar con dos construcciones distintas: la que se hace en el primer capítulo de Estados Unidos y la que posteriormente se lleva a cabo con relación a Cuba.

Entrando en materia con relación a la primera de estas, al leer las páginas iniciales del texto lo primero que salta a la vista es la condición de fragmentación en la que se encuentra el personaje principal. Narrado no ya con el método del narrador protagonista, sino a través de una voz omnisciente, este nos destaca la imposibilidad con la que se enfrenta el personaje de poder constituirse como sujeto de características auténticas con las que se sienta cómodo y conforme. Muy por el contrario, estamos frente a un profesional del simulacro, incansable

imitador de la moda intelectual que jamás llega a comprender y que al día siguiente de adoptarla cambia por otra. El único consuelo que encuentra a este yo fragmentado e inauténtico es la fantasía, la práctica constante de imaginarse como un sujeto totalmente distinto, mezcla de héroe y ganador, quien se granjea el cariño de todos.

¿Cómo se llamaban esas cosas? ¿Actos fallidos? ¿Alienación del yo? Traducía mal los conceptos psicológicos a la moda, que había leído en inglés sin entenderlos mucho, más para impresionar a los demás ... De la gran gama total de actos posibles había recorrido una enorme variedad en sus cuarenta años de vida, pero ninguno tenía el menor viso de realidad” (80).

Y luego:

Su imaginación alcanzaba proporciones no vistas. Y era, se decía a sí mismo con dolorosa lucidez, su única, su auténtica, su verdadera vida ... Imaginaba que podía hablar con todos los seres humanos, de los que se sentía separado por aquel extraño vacío infranqueable (81)

Además de lo ya dicho, es importante destacar la inadecuación que se establece a nivel lingüístico. Si siguiendo a Heidegger creemos que el “lenguaje es la casa del ser” (*Carta sobre el humanismo* 7) y adscribimos también a la idea de que en una lengua determinada está presente la vida y las prácticas, los códigos de una determinada cultura, puesto que “hablar es emplear determinada sintaxis, poseer la morfología de tal o cual idioma, pero es, sobre todo, asumir una cultura, soportar el peso de una civilización” (Fanon 60), la incapacidad de entender realmente los significados de las palabras en inglés nos coloca de frente a la ajenidad insoluble del personaje con la sociedad a la que aspira insertarse. Estamos en un caso de migrancia donde el “entonces-allá”, Cuba y la lengua española, siguen estando patentes en su día a día, mientras que el “aquí-ahora” se muestra no como un polo en tensión con el anterior, sino más bien como uno que no llega realmente a constituirse como polo. Sin poder sentir como propia la lengua, muy difícil que esa lengua se convierte en casa de ser alguno; funciona más como un intento constante de constitución, un agazapo desesperado. Este intento se vuelve poco factible de éxito si lo sumamos a la necesidad de lo nuevo que experimenta el protagonista.

La segunda cita esboza, sutilmente, de manera indirecta, la “representación del espacio” con la que cuenta el espacio social estadounidense: “el vacío infranqueable”, el cual

imagina consigue superar para así llegar a establecer contacto con esos millones de personas que, no obstante toparse día a día en la ciudad, no pasan de ser meros desconocidos. “Temía sobre todo a los sábados lívidos de aquella inmensa Nueva York donde vivía y adonde habían acudido otros millones como él, a los domingos vacíos con su terrible sabor a ceniza”. (82)

Y junto a ello: “Vivía, como tantos otros millones de seres en la enorme ciudad, completamente solo en un viejo departamento” (84).

Si en la revisión de los anteriores cuentos hemos visto cómo la soledad se repite y es constante en la narrativa de Calvert Casey, podemos decir que Nueva York constituye el espacio atomizante por excelencia. Millones de personas separadas por un vacío infranqueable. Esta representación negativa que nos entrega el narrador, es experimentada de igual forma por el protagonista; su regreso a Cuba tras su primer viaje por el funeral, es el intento de cambiar definitivamente esta vida. No se trata, empero, meramente de dejar de sentirse solo, es también la búsqueda de esa identidad que se ha perdido, la superación de ese estado en el que se parece estar hecho como una alcachofa, por un conjunto de capas que no llegan a sintetizar en absolutamente nada más que un sujeto absurdo y tartamudo. Ahora bien, para las conclusiones de nuestro análisis, la representación del espacio social neoyorkino no llega a estar cerrada. Es necesario continuar con la experiencia en Cuba y una vez establecida su respectiva problematización, abordar ambas al unísono. Solo así podremos llegar a una lectura espacial que considere los dos elementos y que, mediante este mismo acto, nos permita una interpretación ya no de lo que dice cada cual por separado, sino lo que dan a entender cuando están funcionando en conjunto.

En el primer viaje del protagonista, con motivo del funeral del familiar, nos encontramos con lo siguiente:

Contemplaba a estas gentes vivir, deformándolas con generalidades risueñas. Parecían felices, infinitamente más felices que las de la hosca ciudad donde él vivía. Tenían el rostro plácido, el aire tranquilo, las carnes abundantes y serenas. Lo banal, lo diario, no avergonzaba aquí, como en aquel otro mundo donde vivía. Esta gente sabía estar (88)

Como podemos observar, la gente cubana está marcada por la imagen de la felicidad. Placidez, tranquilidad, serenidad, abundancia en carnes (lo que supone una vida holgada económicamente, lo que trae consigo una dimensión política efectiva y justa) donde se

disfruta de lo banal, lo diario. Esa gente, como dice el final del extracto, “sabía estar”. Debemos, sin embargo, problematizar esta representación con la posibilidad de que no pase de ser “lo visto y lo vivido” por un sujeto que no deja de ser una suerte de turista en su propia tierra natal, y que, por ende, solo accede a la superficie, a lo que pasajeramente uno ve de un lugar cuando está allí por un par de semanas³. Me explico: ¿Cuba supone acaso una “representación del espacio” tan ideal que pareciera ser la utopía realizada en la tierra o es más bien una visión demasiado superficial y parcial, una capa linda con la que se encuentra el que llega de afuera pero que dista mucho de ser lo real o al menos la totalidad de lo real?

En lo tocante al sujeto en el espacio y su relación dentro de él, cuando el regreso del protagonista ya ha sido llevado a cabo, deshaciéndose de sus pertenencias y partiendo en pos de una nueva experiencia, buscando la felicidad, la extranjería es la seña que lo identifica. Primero, una ropa demasiado elegante; luego, una caracterización que, buscando ser tan cubana como le sea posible, se queda atrapada en un simulacro del “sabor local”.

miró con disgusto sus ropas elegantes, de sello demasiado extranjero, de las que no había podido deshacerse, y se lanzó a la calle en busca de prendas más sencillas, de más sabor local ... Volvió agotado ... con una finísima camisa de lino de Irlanda adornada con innúmeras alforzas hechas para consumir la vista de varias generaciones de costureras: la guayabera, la prenda campesina pulcra y fresca que en pocos años había invadido a toda Cuba desplazando a la indumentaria europea (92)

Hay, sin embargo, un vínculo entre “la isla perfecta” y nuestro personaje. Si hablamos simulaciones, el relato nos da entender que en este sentido Cuba se lleva la palma. Por debajo del ambiente feliz y pleno del que hablamos previamente se mantiene un alto grado de descontento que culmina con un intento de toma del poder, el cual, según lo planteado por Celina Manzoni, “remite al asalto del palacio presidencial en La Habana que, con el propósito de asesinar a Batista fue planeado por el directorio revolucionario cuyos líderes José Antonio Echeverría y Menelao Mora mueren en el intento mientras que el resto de los participantes es capturado y la mayoría es asesinada el 13 de marzo de 1957” (168). Debemos destacar que el tratamiento de este incidente dentro del cuento es bastante sofisticado: nos enteramos de

³ En este caso, el entonces-allá estadounidense ha modificado en tal grado sus categorías de percepción que todo contacto con el aquí-ahora cubano se encuentra mediado por una simbología de la isla proveniente de fuera.

ello por unas palabras que consigue oír al voleo el protagonista mientras es torturado debido a la sospecha de ser responsable del ataque. Más allá de ello, en tanto lectores, somos igual de extranjeros a esta realidad cubana. Lo que sí nos es dable colegir es que si existe este ataque entonces ese aparente bien estar, en donde las gentes estaban gordas de tanta abundancia, es una entelequia. Realmente Cuba sufre por conflictos intestinos que remiten a una realidad todo menos satisfactoria.

A esto se suma el trato del que es víctima el protagonista: sin que se haga un intento por saber quién es, sin que importe realmente quién es (como dice uno de los funcionarios del Gobierno: “si no es este, es lo mismo” (95)) la tortura es llevada hasta la muerte.

No nos es necesario ahondar en referencias que traten el desenlace del relato. Más productivo es apuntar a una cuestión central para el análisis: la “representación del espacio” cubano está marcada por una estructuración en capas que supone al menos una dualidad entre “lo que parece que se es” y otra que menos que “lo que es realmente” refiere a una mezcla entre 1) elementos de bien estar, una Cuba con gente que es capaz de contento, y 2) una convulsión marcada por lo político (y económico-social). Suponer, empero, que de la unión de esto último se desprende la realidad de lo cubano es un error. La realidad es más bien el proceso mismo: la indeterminación instalada en el espacio social por al menos dos focos (quizás más) que lo tensionan.

Juan Carlos Quintero-Herencia propone leer “El regreso”, ubicado en su contexto de producción, el de la Cuba revolucionaria, como una “elocución de la rotura y del desacomodo: un deseo de exponer la multiplicidad polémica que le daba cuerpo a la cultura política de la isla” (390). ¿Qué quiere decir esto? Que a pesar de estar ambientado en el momento de la dictadura de Batista estamos frente a una crítica que se hace al gobierno de la Revolución Cubana. La representación operaría de dos maneras: por un lado un pasado violento; por otro, un presente que es puesto en jaque ya que se nos llama a pensarlo en función de qué tan diferente ha llegado a ser con su pasado, qué tan cumplidas han llegado a ser sus promesas.

Lo propuesto por Quintero Herencia es sin duda necesario que lo tengamos en cuenta, e incluso puede ser potenciado: la caracterización de una Cuba que a primera vista parece ser el lugar ideal pero que luego está marcada por la sujeción y la violencia es relacionable con esa encarnación dual que tuvo la Revolución, donde a la vez que lugar de entusiasmo

generalizado, fue desesperanza represiva. Creo, sin embargo, que aun así no agotamos la problemática. En “El regreso” no está solamente la relativización de la promesa revolucionaria. Está a su vez el rechazo al pasado cubano y su violencia descarnada, y, no olvidarlo, la negativa a aceptar las lógicas propias de Estados Unidos como formas correctas de llevar una vida. No debemos pasar por alto que Casey vivió durante largos años en este país y que sabía bien lo que es estar en sus entrañas. ¿Ahora bien, armado este mapa de triple crítica y rechazo, qué nos termina quedando? Posiblemente ninguna opción, y, por ende, una complejidad todavía más grande. “El Regreso” nos enfrenta ante la certidumbre de que ningún espacio social, sea capitalista, cubano revolucionario o el de su pasado inmediato, ha llegado a encarnar un lugar donde realmente se pueda llegar a un verdadero “saber estar” en tanto humanos. Esto, y aquí creo que erra Herencia, no solo se queda en el plano de la crítica, me parece que esta solamente es incidental a una cuestión más compleja. La experiencia remite a la compleja sensación de querer encontrar un espacio, una forma de vida donde ser feliz y no poder hacerlo. Buscar un lugar donde las esperanzas se realicen y no encontrarlo, chocando con la inexistencia, a nivel mundial, de ese lugar que se anhela.

Esto, dejémoslo en claro, no le quita responsabilidad el protagonista. Pero sin duda estamos ante la tentativa más atrevida de los cuentos revisados hasta ahora: la búsqueda y el deseo de un mundo distinto donde poder estar. El espacio social, empero, como hemos dicho anteriormente, no está solo afuera, sino que en tanto ubicados en él con sus múltiples grupos e instituciones que lo conforman, está también en nosotros, cuajando en simulaciones y simulacros sin fin, irrealidades que compensan la frustración pero que no por ello dejan de ser lo que son, irrealidades.

Las pensadas horas de ternura, las imaginarias tardes de amor, las grandes noches fueron rápidamente trasladadas o reemplazadas por escenas de la patria recobrada. ¿Y si él fuera el iniciador de un movimiento de vuelta a la patria?. Los Pródigos... ¡Sí era amor, solo amor lo que él pedía, el mismo amor que en el fondo toda la pobre humanidad deseaba (90)

C. Los últimos espacios: habitar en tu cuerpo

“Piazza Margana” es el único capítulo de la novela “Gianni, Gianni” que quedó sin ser destruido cuando el autor arrojó el resto de la obra al Tíber. Su producción data, aproximadamente, de sus últimos años de vida en Roma, es decir, en aquel momento donde su exilio ya se había materializado y, por ende, las antiguas promesas revolucionarias estaban abandonadas en el pasado y lo que se tenía en frente era una nueva realidad, tradicionalista, que llamaba a enfocar los esfuerzos en otras direcciones, más puntualmente, vínculos entre amigos y la relación amorosa con su pareja Gianni. La interpretación que llevaremos a cabo se realizará teniendo en cuenta la problemática que representa trabajar un fragmento al momento de querer establecer una lectura. Afirmar observaciones demasiado generales sería atentar con el anhelo de realizar un trabajo que sume siquiera un poco a la discusión en torno a la narrativa de Casey.

Argumentalmente, este fragmento nos relata 1) la introducción del narrador-protagonista en el cuerpo de su amante a través de una herida que se hace mientras se afeita, y 2) su posterior viaje al interior de él. La narración abunda en pormenores referentes a múltiples lugares del cuerpo, tales como el corazón, el estómago, el ano, la boca, etc. estando construida a modo de una aventura exploratoria donde se van descubriendo las partes más interiores de la corporalidad del amado. A su vez, y aunándose con lo anterior, se tematiza con recurrencia la experimentación de la felicidad motivada por la incorporación de la propia persona en la interioridad del otro.

Lo primero que debemos hacer para entrar en materia con relación al espacio es tomar en consideración lo planteado por Gustavo Pérez Firmat en su trabajo “Bilingual Blues, Bilingual Bliss: El caso Casey”, donde analiza este cuento, relacionándolo con la biografía del autor, como una producción marcada por la disgloria. La cuestión funcionaría de la siguiente manera: en base a una carta de Casey a Guillermo Cabrera Infante, donde le señala los motivos de su elección del uso de la lengua inglesa en desmedro de la española (la cual había utilizada en casi la totalidad de su producción previa, salvo “The Walk”, cuento escrito antes de su regreso a Cuba), plantea el posible hecho de una marcada división entre una lengua, la otra y respectivamente los mundos que ambas llevan consigo: cada una expresaría sentimientos particulares, objetivos específicos, etc.

Veamos, en primer lugar, la cita de la carta que opera como sustento: “Debí escribirlo en italiano porque en italiano está pensado y sentido, el italiano es su “hábitat”, pero como no domino el idioma, y en este caso el español no me servía, recurrí al inglés, mi segunda lengua”. A partir de aquí, y en base al análisis de los cuentos publicados anteriormente, los que se dieron a luz en Cuba y en habla hispana, Firmat lleva la significación de la disglotia hasta sus últimas consecuencias:

Spanish is the language of family, of history, of the sosiego of social life and the bienestar of companionship; but is also the medium of external and internal coercion (in “El Regreso”) ... in contrast, when Casey resorts to his father’s tongue, he can speak without inhibition, he can pour it on and let it out, he can become who he is. And yet, in its own way English is also confining, for when Casey is in English, he is only talking to himself (Firmat 46).

Como hemos señalado anteriormente, de cara a un fragmento, la posibilidad de hacer aseveraciones generales puede conducir a errores graves. Posiblemente lo analizado, si hubiese sido visto en función de la totalidad de la novela, daría resultados muy diferentes. Es por esta razón que establecer la tajancia disglótica entre el español (lengua de la familia, la historia, el sosiego, la vida social y el bien estar) y el inglés (liberado de la inhibición, donde Casey puede llegar a ser lo que realmente es; sumado esto, sin embargo, a una excesiva atención en sí mismo) es un movimiento que no compartimos. Sí nos parece, empero, que este trabajo, agudísimo en su capacidad de observación lingüística, nos ilumina una cuestión clave para el análisis del espacio social de “Piazza Margana”: es el cambio radical tanto de las aspiraciones del sujeto con respecto al espacio como las características de este mismo.

Como anteriormente hemos podido observar por medio de los análisis realizados, los sujetos solían habitar espacios de carácter público: plazas, hospitales, parques, playas. Son pocas las referencias a lugares íntimos y privados, y las veces en que se tematizan están en función menos de su propio desarrollo que como partes transitorias del argumento. “Piazza Margana” por el contrario, supone la intimidad llevada a niveles extremos. Inmerso en el cuerpo del amado, el protagonista se desprende del espacio social para guardarse, por la eternidad, de los estímulos externos. La fórmula se remite a un yo que goza no del trato con otros (ni siquiera con el amado, puesto que dentro de él la relación no existe realmente en tanto dos sujetos) sino de la estancia imperturbada e imperturbable en el lugar placentero.

Ya sentado lo anterior, focalicémonos en el propio texto.

Ya he entrado en tu corriente sanguínea. He rebasado la orina, el excremento, con su sabor dulce y acre, y al fin me he perdido en los cálidos huecos de tu cuerpo. He venido a quedarme, nunca me marcharé. Desde punto de observación, donde finalmente he logrado la dicha suprema, veo el mundo a través de tus ojos, oigo por tus oídos... saboreo todos los sabores con tu lengua, tanteo todas las formas con tus manos (236)

De aquí, junto con lo que ya hemos señalado, se destaca la fusión de los sentidos entre ambos sujetos. La entrada al cuerpo del otro pareciera ser la superación de la individualidad en pos de la unión completa de ambos. Además de esto, está el hecho para nada desdeñable de la consecución de la “dicha suprema”. Es así como, este nuevo espacio al que se accede está caracterizado por la felicidad. Al contrario de este, el afuera que se ha dejado se nos muestra marcado por el conflicto:

Se me ocurrió mientras te estabas afeitando un día, en una tregua de nuestros momentos de odio mutuo. La hoja te hizo un pequeño pero profundo corte en la barbilla. Mientras presionaba la herida para limpiarla, y tu sangre manaba de las venas cortadas, sentí un tremendo impulso de probarla (236)

Y luego:

Mi libertad de elección y residencia no tiene límites. He conseguido lo que todo sistema político o social siempre ha soñado, en vano, conseguir: soy libre, completamente libre dentro de ti, por siempre libre de cargas y temores. Ningún permiso de salida, ningún permiso de entrada, ningún pasaporte, ninguna frontera ... El tiempo ha sido obliterado. Tú eres el tiempo (238)

De lo último debemos destacar varias cuestiones. Primero que todo, está la clara referencia a los sistemas políticos que fallan en sus promesas y la imposibilidad de estos para llegar a un espacio social donde prime la libertad, lo cual funciona como clara referencia a Cuba. A partir de esta crítica se puede comprender la búsqueda del espacio corporal. Esto debe ser leído no solo como una referencia que se enclaustra en el texto, sino comprenderlo en función de los antecedentes biográficos que hemos construido y en diálogo con los anteriores escritos trabajados. La tentativa de reajuste en este caso supone el abandono de la antigua persistencia en la construcción de un espacio social-público que supusiese bienestar.

La felicidad, por el contrario, se halla en un individualismo solipsista que se satisface de colonizar la corporalidad del otro: “He entrado en el reino de los cielos y he tomado posesión de él con todo orgullo. Esta es mi concesión privada, mi heredad, mi feudo. No me marcharé” (244)

Para profundizar en esto, los conceptos de Lefebvre vuelven a ser imprescindibles. La primera duda que nos surge es si podemos llegar a hablar de dos espacios sociales, el del afuera y el del cuerpo, o si estamos solamente frente a uno. Como el filósofo nos los plantea, un espacio social es un producto social que responde a condiciones materiales de producción y reproducción. Un lugar de un solo sujeto es la negación del espacio social, la imposibilidad de que las múltiples necesidades para su conformación se cumplan. Esto, sin embargo no acaba aquí. El espacio social (el afuera) posee sus respectivas “representación del espacio” y “espacio de representación”. El primero de estos, como las citas señalan, en lo que respecta a la relación de pareja, se caracteriza por la tensión; si ampliamos la mirada y lo queremos observar en relaciones más generales, de más de dos personas, llegando a particulares, grupos de sujetos, la referencia a los sistemas sociales y sus promesas no realizadas nos muestran una “representación del espacio” que sigue atrapada en un estadio trunco de relaciones interpersonales, donde destaca la ausencia de libertad.

La pregunta que surge es si acaso el sujeto con su propia vivencia del espacio social (espacio de representación) muestra las mismas características anteriores o acaso supone una diferencia. Diferencia, claramente la hay, como hemos señalado, el encierro en el cuerpo del otro es un rechazo a la realidad del afuera. Para rechazar se necesita de la incomodidad propia de un sujeto que se coloca al margen. ¿Pero es acaso esta diferencia la contradicción de la identidad (el plano profundo del que nos hablaba Grinor Rojo), la negación de un estado de cosas anterior en pos de algo totalmente nuevo y revolucionario?

En base a la siguiente cita podremos sostener nuestra argumentación: “Me revuelco en tu interior, retozo, trisco, me elevo a míticas alturas, alcanzo lo indefinido, me transformo, dejo de ser. Ya no soy yo mismo. Soy tu sangre: alimento tus pulsaciones, cruzo y vuelvo a cruzar el umbral de tu corazón, me deslizo arriba abajo” (241)

De manera similar a como lo podíamos observar en unas palabras anteriores del protagonista, donde se refería la fusión de sentidos, aquí se vuelve a tematizar una suerte de disolución. La entrada en el otro supondría la unión última entre ambos. Esto, sin embargo,

y como ya señalara Firmat, es relativizado, puesto en duda inmediatamente: prolifera la utilización del “yo”, el “soy” y el “me”, los cuales no dejan de remitir constantemente a una identidad en particular con la cual el sujeto se identifica. Luego él mismo agregará “sono io, sono io”. Se vuelve imposible cualquier fusión o disolución si es que el narrador continúa tan consciente de sí mismo. Pero esto no es argumento suficiente para nada. Sigamos.

Presento una cita que ya empleamos antes pero que merece se vuelva a esgrimir: “he entrado en el reino de los cielos y he tomado posesión de él con todo orgullo. Esta es mi concesión privada, mi heredad, mi feudo. No me marcharé” (244)

Si anteriormente era la marcada referencia al yo, lo que tenemos ahora es una notable insistencia en la posesividad y en el control sobre el cuerpo del otro por parte de ese yo. De fusión realmente hay muy poco; estamos frente a un sujeto que (imaginariamente) entra dentro de las entrañas del otro, negando el espacio social, para apoderarse de un espacio que le sea cien por ciento suyo “su feudo, su heredad”. ¿Negar el espacio social supone realmente la superación de este espacio, es posible que toda negación suponga su contradicción o acaso el rechazo puede ser demasiado superficial para un cambio real y radical? Y si lo vemos de otra manera: el sujeto que rechaza el espacio social, la representación del espacio, ha llegado a ser consciente de los niveles de profundidad con los que ese mismo espacio cuenta, subyacente, en él mismo?.

En base a lo visto anteriormente (yo persistente y posesivo, colonizador) nuestra conclusión es la siguiente: la lógica del espacio social (del afuera) no llega a ser superada. La tentativa de reajuste (felicidad) en el cuerpo amado, al ser una ocupación, es la perpetuación del espacio foráneo en el interior. Más que la búsqueda de la construcción de un nuevo espacio, el sujeto, hijo de ese espacio y sus lógicas, adviene al nuevo lugar con ellas y las impone. La felicidad realmente no resulta de un cambio radical, sino que es la consecuencia que supone la instauración de esa misma lógica que, al tener que establecer contacto con otros, entraba en crisis, en unas condiciones donde los otros han sido borrados. Felicidad = abandono del espacio social.

En este sentido, se hace plausible la posibilidad de que aquello que hasta el momento, en este relato y los anteriores que hemos revisado, se ha ido tensionando y negativizando, es decir, el espacio social y sus encarnaciones, se configure de manera tal que asegura su permanencia aun si él mismo entra en ruina. Esto supone que hay un plano, corporal y mental

que, no obstante eliminadas las condiciones de posibilidad del espacio social, permanece, sigue existiendo para trincar nuevas posibilidades de conformación. Al final, la ecuación se vuelve irresoluble: todas las respuestas que aspiran a reconfigurar el espacio social chocan con este mismo, volviéndolo a producir con similares términos o reproduciéndolo hasta nuevas consecuencias.

VI. Conclusiones

Llegados a este punto, las conclusiones que podemos plantear con relación a las dos tesis sostenidas en el inicio del trabajo, son las siguientes: a nivel textual nos encontramos con tres niveles distintos en el trabajo de las tentativas de reajuste. En primer lugar contamos con sujetos que, sintiéndose incómodos con el espacio, no hacen mayores esfuerzos por cambiarlo; sus actos son acordes a la lógica y terminan llevando esa lógica a un nuevo nivel. En segundo, están aquellos que muestran rechazo y también se esfuerzan por una modificación en su vida: los intentos son, empero, infructíferos y lo que queda como resultado o es la muerte o el abandono. Por último, el caso de “Piazza Margana” supone una renuncia del espacio social sin poder desprenderse ideológicamente (mentalmente, como diría Lefebvre) del todo de él. Aun así, es el intento que supone mejores resultados: la dicha; aunque no debemos dejar de preguntarnos si esta realmente significa un triunfo o estamos ante una caída.

Si esto lo proyectamos en función de nuestra primera tesis, esa que decía que Casey hacía de sus escritos tentativas que negativizaban la realidad (Marcuse) y proyectaban mundos nuevos (Reyes) hemos de afirmar la primera y poner en duda la segunda. Esto, sin embargo, no debe ser visto como un fracaso. Lo que encontramos finalmente es la experiencia de la negatividad junto a la imposibilidad de conformar una posibilidad distinta y superior al estado de cosas actuales. Las soluciones aparecen perdiéndose en la contingencia de los límites que refieren al sujeto, su condición de migrante, y las estructuras sociales en donde se absorbe y es absorbido. La respuesta, propia de una conciencia en las estructuras, existe, mas no es suficiente: la identidad del sujeto no llega a la contradicción sino que queda limitada a una modificación que no alcanza la revolución del espacio social.

Lo último dicho, y como ya habíamos señalado, no resta méritos. El valor negativo que cargan los relatos de Casey con relación a la sociedad (revolucionaria, estadounidense, etc) supone un acontecimiento singular en la narrativa de la isla. No hablamos de crítica y preferimos el concepto de negatividad no por el gusto al uso de la palabra más compleja, sino porque nos entrega un matiz caro a nuestras últimas observaciones. Como ya dijimos en su momento, en Casey no hay ni una adhesión a sangre y fuego ni un rechazo tajante como el de otros autores (Infante, Arenas, etc.); lo que encontramos es la experiencia dual de la esperanza y la desesperanza conjugadas contradictoriamente. El mal estar y el hastío a la vez

que la voluntad infatigable de volver a conformar un espacio social cargado de sentido donde los sujetos logren realizarse.

En última instancia, y si ampliamos nuestra observación a un plano nacional e internacional, el límite subyacente es el de una radical aporía política anclada a sus orígenes y que hasta el día de hoy se mantiene insoluble, la cual en ciertas instancias de nuestro trabajo hemos bosquejado incidentalmente pero que ahora es preciso tratarla con mayor detención. Hablamos de lo que Giorgio Agamben en ‘Homo Sacer, El poder soberano y la nuda vida’ trata como la imposibilidad de generar una articulación entre *zoē* y *bíos*, es decir, el paso desde la vida común de todo ser vivo hacia otra muy distinta que significaría “la manera de vivir propia de un individuo o un grupo” (Agamben, *Homo sacer...* 9), que esté exenta de la exclusión como requisito mediador y formador de lo político. Nos referimos, para ser más claros, al proceso en el que al tiempo que se establece lo que es “la vida políticamente cualificada” (Agamben, *Homo sacer...* 11) se traza también su contrario, lo que se rechaza y queda fuera de lo político o del espacio social. De lo que hablamos es un callejón sin salida ante el cual han retrocedido sin grandes frutos varias de las mentes más capaces de los últimos tiempos. El propio Agamben, si seguimos las respuestas y soluciones que nos va entregando en sus otros libros, trabaja una propuesta en ‘Lo abierto, El hombre y el animal’ que refiere al concepto *ignoscencia*, juego de palabra proveniente de la raíz ignorancia e inocencia y que apela a una postura política diametralmente distinta a la que nace tradicionalmente de la exclusión: ante el animal (recuérdese *zoē*) que “está fuera del ser, fuera en una exterioridad más externa que todo abierto y dentro de una intimidad más interior que toda clausura” (Agamben 166) la tarea es “dejarlo ser fuera del ser” (Agamben, *Lo abierto...* 167).

El problema, sin embargo, es de dos aristas. Primero, que en este caso su planteamiento remite al animal en sí en tanto “ente carente de mundo” y no a la necesidad de una formación política entre otros entes que “son en el mundo” (Heidegger). En segundo lugar, está el hecho de que los análisis del filósofo italiano se vuelven demasiado abstractos en ocasiones y que sus respuestas encuentran límites insalvables ante la materialidad histórica. En un caso específico como el de la Revolución Cubana, con una marcada lucha de clases y con la necesidad de generar políticas que asegurasen la permanencia del nuevo Gobierno, cuidándose siempre de los múltiples frentes enemigos y aspirando a generar

cambios efectivos de la realidad, la condición de la exclusión ante el antagonismo se vuelve indispensable, a su vez que irrisoria la posibilidad de una *ignoscencia*.

El límite, sin embargo, es difuso, la exclusión puede ir más allá de lo antagónico o lo antagonico puede ir más allá de lo indispensable⁴, generándose así políticas represivas que terminan desarticulando la utopía a la que se aspiró en un principio. Es precisamente esta la experiencia a la que hemos apelado como sustento de análisis de la escritura de Calvert Casey. Ubicado en tanto sujeto migrante y homosexual en el contexto revolucionario, su biografía está signada por la exclusión de lo sociopolítico. Asimismo, por el extrañamiento del “entonces-allá” en un “aquí-ahora”, que, como hemos señalado, tensiona un espacio social capitalista (EEUU) con otro comunista (Cuba), que, visto en un contexto de Guerra Fría, es, finalmente, una dialéctica de las dos principales opciones de la época. Es así como, para concluir, podemos aventurar la observación de que sus narraciones, al parecer remitidas, en tanto experiencia del espacio social, al plano singular y particular del que nos hablara Rojo (sujetos y grupos de sujetos ubicados en esos espacios) amplía el foco hacia grandes particulares (naciones: la dialéctica de EEUU y Cuba, e incluso Italia con su estadía en Roma) y se entronca con lo general, con el concepto de lo humano en tanto humano, el *bíos*, es decir, “la vida políticamente cualificada” (Agamben, *Homo sacer...* 11) en su doble conflictuabilidad: la necesidad de su configuración (no hay utopía sin un cambio del estado de cosas del presente) y los riesgos que esta misma genera (no hay un cambio en el estado de cosas del presente sin una nueva configuración de lo político y, por ende, sin una nueva exclusión).⁵

⁴ Está también la pregunta de si es acaso indispensable y sí es así (cuestión que hemos sostenido ante la materialidad histórica), si en esa instancia no se está ya generando lo que dará pábulo a los monstruos del futuro. Como se puede observar, estamos nuevamente ante una aporía, en este caso, de carácter ético.

⁵ El uso del vocablo exclusión puede impresionar y pensarse que postulados tratados previamente, como el de una nación en donde participen todos y en la cual se consiga establecer una verdadera hermandad con los otros, son desarticulados. Esto supone una comprensión demasiado radical de la palabra que desemboca de pleno en los monstruos del estado totalitario y una sociedad de terror. Creemos, por el contrario, que es posible una configuración que llegue a salvar lo utópico a partir de una relación interesada en el otro (en el sentido de interesarse por él).

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. Homo Sacer, El poder soberano y la nuda vida. Trad. Antonio Gimeno Cuspinera. Valencia: Pre-textos, 2010.
- _____. Lo abierto, El hombre y el animal. Trad. Flavia Costa y Edgardo Castro. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2006.
- Bauman, Zygmunt. La cultura como praxis. Trad. Alberto Roca Álvarez. Barcelona: Paidós, 2002.
- Bethell, Leslie, ed.. Historia de América Latina XIII. México y el Caribe desde 1930. Trad. Jordi Beltran. Barcelona: Crítica Grijalbo Mondadori, 1998.
- Cabrera Infante, Guillermo. Vidas para leerlas. Barcelona: Alfaguara, 1998.
- Casey, Calvert. Notas de un simulador. Trad: Mara Viveros Vigoya. España: Motesinos, 1997
- Castro, Fidel. “Palabras a los intelectuales” Cuba, 16-23-30 de Julio de 1961.
- _____. “Segunda Declaración de la Habana”. Cuba, 4 de Febrero de 1962.
- Césaire, Aimé. Discurso sobre el colonialismo. Trad. María Viveros Vigoya. Madrid: Akal, 2006.
- Cubillas Jr, Vicente. “¡Sensacional! ¡Exclusivo! Habla el enemigo n.º 1 de Cuba. Los cubanos defienden sus intereses. Yo definiendo los de mis electores”. *Bohemia*, 1955, n.º 10, pp. 30-32
- Domínguez, Carlos. “Un secreto bien guardado” 15 Agos. 2014. *Cubaencuentro*. 25 Nov. 2016. < <http://www.cubaencuentro.com/cultura/articulos/un-secreto-bien-guardado-319818>>
- Donghui, Tulio Halperin. Historia contemporánea de América Latina. Madrid: Alianza Editorial, 2011
- Hobsbawm, Eric. La era del Imperio. Trad. Juan Fací Lacaste. Buenos Aires: Paidós, 2007
- _____. Historia del siglo XX. Trad. Juan Fací Lacaste, Jordi Ainaud y Carme Castells. 1999. Buenos Aires: Crítica
- Fandiño, Roberto. “Pasión y muerte de Calvert Casey (1924-1969). 25 Mayo. 2014. *Manuelzayas*. 25 Nov 2016 <<https://manuelzayas.wordpress.com/2014/05/25/pasion-y-muerte-de-calvert-casey-1924-1969/>>

- Fanon, Frantz. *Piel Negras, Máscaras Blancas*. Trad. Angel Abad. Buenos Aires: Editorial Abraxas, 1973.
- Firmat, Gustavo Pérez. "Bilingual Blues, Bilingual Bliss: El caso Casey". *Hispanic Issue*, 117, No. 2 (2002): pp. 432-448
- Freud, Sigmund. *El Malestar en la cultura*. Trad. Ramón Rey Ardid. Madrid: Alianza, 2006
- Gumucio, Rafael. "Calvert Casey: morir en Roma". 22 Dic. 2011. *Penultimosdias*. 25 Nov. 2016. < <http://www.penultimosdias.com/2011/12/22/calvert-casey-morir-en-roma/>>
- Hall, Stuart. "La cuestión de la identidad cultural", Trad. Alexandra Hibbert en *Modernidad y diferencia*. Seminario de la Maestría en Estudios Culturales. Universidad Javeriana. Segundo Semestre 2009. Consultado: 13 de septiembre 2010. www.ramwan.net/restrepo/modernidad/cuestión-hall.doc
- Harvey, David. *La condición de la posmodernidad, Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Trad. Marta Eguía. Argentina: Amorrortu Editores, 1990
- Heidegger, Martín. *Carta sobre el humanismo*. Trad. Rafael Gutiérrez Giradot. Madrid Taurus Ediciones, 1970
- _____. *Caminos de Bosque*. Trad. Helena Cortés y Arturo Leyte. Madrid: Alianza Editorial, 2001
- _____. *Ser y tiempo*. Trad. Jorge Eduardo Rivera. Santiago: Editorial Universitaria, 1997.
- Lefebvre, Henri. *La producción del espacio*. Trad. Emilio Martínez Gutiérrez. Madrid: Capitán Swing, 1999.
- Manzoni, Celina. "Poéticas del retorno. Las pesadillas del regreso en la cultura latinoamericana contemporánea". *Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, 29 (2015): 161-179
- Marcuse, Herbert. "El Hombre Unidimensional". Trad. Antonio Elorza. Buenos Aires: Editorial Planeta (1993)
- Pérus, Françoise, *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo*. México: Siglo XXI, 1976
- Pinto, Julio. "De proyectos y desarraigos: La sociedad Latinoamericana frente a la experiencia de la modernidad (1780-1914)" 19th. International Congress of Historical Sciences, University of Oslo, 6-13 August, 2000. pp 1-28
- Polar, Cornejo. "Condición migrante e intertextualidad multicultural. El caso de Arguedas".

- Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. No. 42 (1995): 101-109
- Quintero, Juan Carlos. “El Regreso” de Calvert Casey: una exposición en la playa. *Cuaderno de Literatura*, Vol. XVII No. 33 (2013): 337-403
- Retamar, Roberto Fernández. Todo Calibán. Mayo. 2009. Cubadebate. 05 de Julio, 2016.
<<http://www.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2009/05/todo-caliban-roberto-fernandez-retaar.pdf>>
- Reyes, Alfonso. Teoría Literaria. María del Mar Patrón Vásquez. México: Fondo de Cultura Económica. Cátedra Alfonso Reyes del Tecnológico de Monterrey, 2005
- Rojas, Rafael. “Calvert Casey: herido por la luz”. *Letras Libres* (2010): 48-53
- Rojo, Grinor. Globalización e identidades nacionales y postnacionales... ¿de qué estamos hablando?. Santiago: Ediciones Lom, 200
- _____. “Práctica de la literatura, historia de la literatura y modernidad literaria en América Latina”. *Crítica del exilio. Ensayos sobre literatura Latinoamericana actual*. Santiago de Chile. Pehuén, pp 15-52.
- Rojo Grinor, et al. *Poscolonialidad y nación*. Santiago: Ediciones Lom, 2003.
- Trigo, Abril, “Migrancia, memoria: modernidad”, en Mabel Moraña, ed., *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*, Santiago, Editorial Cuarto Propio, IILI, 2000, pp. 273-291.
- Zayas, Manuel. “Mapa de la homofobia. Cronología de la represión y censura a homosexuales, travestis y transexuales en la isla, desde 1962 hasta la fecha”. 20 Ene. 2006. *Cubaencuentro*. 25 Nov 2016. <<http://www.cubaencuentro.com/cuba/articulos/mapa-de-la-homofobia-10736>>
- Zubiarre, María Teresa. *El espacio en la novela realista*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000

